



LOS SUFIS DE AL-ANDALUS

POR **IBN ARABI**

INTRODUCCIÓN

1. ABÚ JA'FAR AL-'URYANÎ
2. AD-DURRAT AL-FÂKHIRAH
3. CÂLIH AL-'ADAWÎ
4. ABÚ 'ABDALLÂH MUHAMMAD ASH-SHARAFÎ
5. ABÛ YAHYÂ AC-CINHÂJÎ
6. ABÛ AI-HAJJÂJ Y'ÛSUF ASH-SHUBARBULÎ
7. ABÛ 'ABDALLÂH MUHAMMAD B. QASSÛM
8. ABÛ 'IMRÂN MÚSDÂ B. 'IMRÂN AL-MÂRTULÎ
10. ABÛ 'ABDALLÂH MUHAMMAD B. JUMHÛR
11. ABU 'ALI HASAN ASH-SHAKKAZ
12. ABFI MUHARNRNAD 'ABDALLAH B. MUHARNMAD B. AL-' ARABI AT- TA'I
13. ABU MUHAMMAD 'ABDANAH AL-MAWRURI
14. ABU MUHAMMAD 'ABDALLAH AL-BAGHI ASH-SHAKKAZ
15. ABU MUHAMMAD 'ABDALLAH AL-QATTFAN
16. 'ABDALLAH B. JA'DFUN AI-HINNAWI B. MUHARNMAD B. ZAKARIYYA
17. ABFÛ 'ABDALLAH MUHAMMAD B. ASHRAF AR-RUNDI
18. MUSÂ ABU 'IMRAN AS-SADRANI
19. ABÛ MUHAMMAD MAKHLÛF AL-QABÂ 'ILÎ
20. CÂLIH AL-KHARRÂZ
21. ABÛ AL-'ABBAS AHMAD B. HAMMÂN
22. ABÛ AHMAD AS-SALAWÎ
23. ABÛ ISHÂQ IBRÂHÎM B. AHMAD B. TARÎF AL-'ABBÂSÎ
24. ABÛ MUHARNMAD 'ABDALLÂH B. IBRAHIM AL-MÂIAQI
25. AD-DURRAT AL-FÂJKHIRAH

26. 'ABDALLÂH B. TAKHMIST
27. AS-SAKHKHÂM
28. ABÛ YAHYÂ B. ABÛN BAKR AC-CINHÂJI
29. ABU AL-'ABBÂS B. TÂJAH
30. ÄBÛ `ABDALÂH B. BISSTÂM AL-BÂGHÎ
31. YSUF B. TA´IZZA
32. ABÛ AL-HASAN AL-QÂNÛNÎ
33. MUHAMMAD AL-HADDAD
34. ABÛ ISHÂQ AL-QURTUBÎ
35. ABÛ `ABDALÂH AL-MAHDAWÎ
36. ALI B. MÛSÂ B. AN-NAQARÂT
37. ABÛ AI-HUSAYN YAHYÂ B. AÇ-ÇÂ`IGH
38. IBN AL-'AC ABÛ 'ABDALLÂH AL-BÂJÎ
39. ABÛ 'ABDALLÂH B. ZAYN AL-YÂBARÎ
41. ABU ZAKARIYYA YAHYA B. HASAN AL-HASANI
42. ABD AS-SALAM AL-ASWAD
43. AB ABDALLÂH AL-QASTÎLÎ
44. ABÛ AL-'ABBÂS AHMAD B. MUNDHIR
45. MÛSÂ ABÛ 'ABDALIÂH
46. ABÛ AL-'ABBÂS AL-KHARRÂZ
47. ABÛ 'ABDALLÂH MUHAMMAD AN-NABÎLÎ
48. AI-HÂJJ ABÛ MUHAMMAD 'ABDALLÂH AL-BURJÂNÎ
49. ABÛ MUBAMMAD ABDALLÂB B. KBAMÎS AL- KINÂNI
50. ABU 'ABDALLAH EL ALMORAVIDE
51. ABU WAKIL MAYMUN B. AT-TUNISI
52. SHAMS URNM AL-FUQARÂ
53. AD-DURRAT AL-FÂKHIRAH
54. LAS SIETE PERSONAS
55. ABU 'ABDALLAH MUHAMMAD B. AL-MUJAHID
56. ABU AL-HASAN AI-MUNHANALI
57. AHMAD ASH-SHARISHI
58. ABU ISHAQ IBRAAHAM AL-HINNAWI
59. AL-ASHALL AL-QABA'ILI
60. Ebn Ja´far
61. 'Umar al-Qarqari

INTRODUCCIÓN

Los extractos biográficos contenidos en este libro se refieren a la vida y a las enseñanzas de varios maestros sufís de Al-Andalus y del Magreb que vivieron en los siglos XII y XIII.

Se trata de resúmenes extraídos de dos obras del **Muhyidin Ibn 'Arabi**. La primera y más importante es el *Rúh al-quds fi munácahat an-nafs* ("El Espíritu de la santidad que guía el alma"). Obra escrita en La Meca en el año 600/1203-4, nos informa de la vida y el desarrollo espiritual de su autor, de la historia del sufismo en el occidente musulmán y de las enseñanzas y las prácticas más importantes del sufismo. La segunda, es el *Durrar al fákhirah fi dhikr man intafa' tu bihi fi tartq al-ákhirah* ("La perla preciosa que relata historias de aquellos que me han ayudado en el camino hacia el Otro Mundo").

Es el resumen de otro libro mucho más extenso que Ibn 'Arabi dejó en algún lugar de Al-Andalus o de África del norte. Las circunstancias que dieron lugar a este resumen nos las cuenta él mismo: *"Uno de nuestros hermanos de Damasco, que fue particularmente amable conmigo, me rogó le diese a conocer el contenido de un libro en el que yo mencionaba a algunas de las personas que conocí a lo largo de mi vida y que me ayudaron en mi caminar hacia el Otro Mundo. Al no disponer ya de dicha obra, pues la dejé en occidente, compuse este resumen para él. Al parecer, esta segunda obra fue escrita sobre el año 1223"*.

Muhammad b. 'Ah b. Muhammad Jbn al-'Arabi at Tal-H nació el 27 del mes de Ramad es decir, el 7 de agosto de 1165, en la ciudad de Murcia. En aquella época, Murcia estaba gobernada por un brillante emir de ascendencia cristiana, Muhammad ben Sa'id ben Mardanih, que resistió heroicamente pero, al final, fue vencido por los invasores almohades. Ibn Arabi pertenecía a una familia muy ilustre. Su padre era un hombre influyente entre cuyos amigos se encontraba el célebre filósofo Ibn Rushd (Averroes). Tal vez fue visir de Ibn Mardanish, aunque esto ofrece dudas. Su familia además de mantener buenas relaciones sociales y culturales, era de una religiosidad acentuada. Varios de sus tíos habían seguido la Vía Sufí.

Tras la ocupación de Murcia por los almohades, la familia de Ibn 'Arabi se trasladó a Sevilla, contando él entonces ocho años de edad. Allí recibió la educación tradicional. Estudió el Corán, su exégesis, las tradiciones del Profeta, la ley, gramática árabe y disertación con los mejores maestros de la época. Unos años después se casó con una joven llamada Maryam, hija de Muhamad b. 'AbdQn, persona muy querida e influyente. Su esposa Maryam compartía también sus deseos de dirigir sus pasos por la Vía Sufí.

Ibn 'Arabi se manifestó desde su juventud como un ser altamente evolucionado. Prueba de esta precocidad es el relato de la entrevista que su padre le concertó con Ibn Rushd (Averroes), de edad ya muy avanzada:

*“Pasé una jornada en Córdoba, en casa de Abū al-Walid Ibn Rushd, quien anteriormente había expresado su deseo de conocerme personalmente. Al parecer, le habían hablado de ciertas revelaciones por mí recibidas durante mi retiro espiritual, lo que despertó su curiosidad y extrañeza. Así, mi padre, que era amigo suyo, me llevó a él con el pretexto de que debía solucionar unos asuntos en Córdoba. En aquella época yo era todavía un joven imberbe. Al entrar en su casa, el filósofo se levantó para acogerme con grandes signos de amistad y afecto y me besó. Después me dijo: “¿Sí?” y yo le respondí: “Sí”. Mostró alegría al ver que le comprendí. Al ver el motivo de su júbilo, le dije: “No”. Entonces Ibn Rushd se sorprendió, palideció y diríase que dudaba de sí mismo. Seguidamente me hizo la siguiente pregunta: “¿Que respuesta has encontrado a las cuestiones de la revelación (al-kashf) y de la gracia divina?, ¿coincide tu respuesta con la que nos da el pensamiento especulativo?”. Y le contesté: “Sí, No”, “Y entre el sí y el no, los espíritus vuelan más allá de la materia y las cabezas se separan de los cuerpos”. Al escuchar esto, Ibn Rushd palideció e incluso tembló y escuché a sus labios murmurar: “**No hay más fuerza y poder que la que viene de Allah**”. Había comprendido lo que quise decirle “.*

De entre los maestros que instruyeron e influenciaron a Ibn 'Arabi, dos atraen especialmente nuestra atención; ambos son mujeres. Las dos eran ya muy mayores cuando las conoció. Una de ellas fue **Shams de Marchena**, de la que él mismo nos cuenta: *“Entre los santos hay ciertos hombres y mujeres que se llaman Implorantes (que Allah los bendiga). Encontré uno de ellos en la Marchena de los Olivares, se llamaba Shams y era ya muy anciana”* La otra mujer con la que pasó cierto tiempo fue **Fátima de Córdoba**: *“Serví como discípulo a un gran adorador de Allah, un gnóstico, una dama de Sevilla llamada Fátima bint Ibn al-Muthanná. La serví durante varios años. Teniendo entonces ella ya más de noventa y cinco. Tocaba el tambor y se complacía mucho en ello”.*

Con frecuencia me decía: *“Yo soy tu madre espiritual y la luz de tu madre terrestre”.* Cuando un día mi madre vino a verla, le dijo: *“Hola, luz, este es mi hijo y también es tu padre. Considéralo como tu padre, no como tu hijo, obedécele y no te separes nunca de él”.*

Ibn 'Arabi no dejó la península ibérica hasta pasados los treinta años. En el año 590/1193, fue a Túnez. Al parecer es en este viaje donde tuvo un encuentro con el guía inmortal de las almas **Al-Khadir**: *“Estaba a bordo de un barco en el puerto de Túnez. Me dolía el estómago y, como todo el mundo dormía, decidí ir a cubierta y contemplar el mar. De momento, a la luz de la luna llena que brillaba aquella noche en todo su esplendor, vi a alguien caminar en dirección al barco. Finalmente llegó ante mí. Se mantenía sobre un pie y levantó el otro. Pude ver que no estaba mojado. Me habló durante un rato. Luego me saludó y se dirigió*

hacia un faro situado en lo alto de una colina a más de tres kilómetros de allí. Esta distancia la cubrió en dos o tres pasos. Desde lo alto del faro lo escuché glorificar a Allah. Al día siguiente, cuando llegué a la ciudad, encontré a un hombre piadoso que me preguntó cómo me había ido en mi encuentro nocturno con Al Khadir a bordo del barco. Se interesó por lo que yo le dije y lo que él me respondió”.

Sin duda, a causa de las luchas constantes en África del norte decidió volver a Andalucía. De camino a Sevilla se detuvo en Tarifa “ *en Tarifa en el año 590 tuve una discusión con **al-Qalaf** sobre los méritos de la pobreza y de la riqueza”* . Ya en Sevilla tuvo otro encuentro extraño. En su estancia en Túnez compuso un poema del cual no había hablado a nadie. “*A mi vuelta a Sevilla, tras un viaje de tres meses en caravana desde Túnez, un hombre totalmente desconocido vino a mí y me recitó palabra por palabra el poema compuesto por mí, pese a que yo no se lo había comunicado a nadie. Le pregunté quién había compuesto aquellos versos y él me dijo que Muhammad Ibn ‘Arabi. Le pregunté entonces cuándo los había aprendido y él me dijo el mismo día en que yo los compuse. Al preguntarle cómo y de quién, me dijo: “Una noche estando sentado en compañía de mis hermanos en el barrio Oriental de Sevilla un extranjero con aspecto de mendigo vino hacia nosotros. Se sentó y tras entablar conversación, nos recitó estos versos. Nos gustaron tanto que los escribimos y le preguntamos por su autor. Respondió que habían sido compuestos por Ibn ‘Arabi en Túnez”.*

En el año 591 y también en el 593 fue a Fez donde su reputación atrajo muchos discípulos y admiradores. Posteriormente volvió a su villa natal de Murcia, parándose en Granada y visitando la escuela sufí de Almería fundada por **Ibn al- ‘Arif**, autor del célebre Mah al Mach

En el año 558 emprendió viaje a Oriente, estuvo en Alejandría, en El Cairo y en La Meca, donde su fama no tardó en expandirse. Allí se encontró a las personalidades más importantes de la Vía Sufí de aquella época, todos fueron a presentarle sus respetos y gozar de su presencia y enseñanzas. En el año 601 dejó La Meca y se dirigió a Bagdad. Posteriormente recorrió todo Egipto y en el 604 volvió a La Meca. Estuvo en Konya donde su sabiduría y sus poderes espirituales dejaron una profunda impresión en las gentes. Su estancia en esta ciudad fue de gran importancia para el sufismo oriental. En el año 620 se instaló en Damasco definitivamente. Sus largos viajes, su enorme producción literaria y las privaciones y austeridades soportadas, habían minado su salud. Era célebre universalmente. El soberano de Damasco estaba orgulloso de tenerlo en su ciudad. Es allí donde terminó de componer su imponente obra *Futúhát al-Makkiyyah*. Murió en Damasco el 16 de Noviembre de 1240 (638) a la edad de 76 años.

Ibn ‘Arabi expresó la enseñanza y las intuiciones de muchas generaciones de sufís que le precedieron. Consignó por escrito, por primera vez y de una forma sistemática y detallada, el vasto fondo de la experiencia sufí y la tradición oral. Al mundo musulmán, a punto

entonces de comenzar su decadencia cultural, política y económica, le dejó una exposición definitiva de la enseñanza sufí y también un resumen completo de la herencia esotérica del Islam. Su influencia sobre toda enseñanza sufí posterior es profunda y podemos decir que fue el último Sello de la sabiduría, el último que recibió las enseñanzas **“no manifestadas”** de la Vía. Cuantos vinieron tras de él se inspiraron en su poderosa figura.

ABÚ JA'FAR AL-'URYANÎ (1)

El primer sufí que encontré por el Camino de Allah fue Abû Ja'far Ahmad al-'Uryanî. Este maestro vino a Sevilla cuando yo empezaba a adquirir el conocimiento de este noble Camino. Fui el primero en acercarme a él; al entrar en su casa, hallé a alguien dedicado a la invocación (dhikr). Me presenté y supo de inmediato la necesidad espiritual que me había conducido hasta él.

Entonces me preguntó: “¿Estás firmemente decidido a seguir el Camino de Allah?” Y yo le respondí: “El siervo puede tomar la decisión, pero es Allah quien decide”. A continuación me dijo: “Cierra tu puerta, rompe tus lazos, toma al Generoso como compañero (*al-Wahhâb*), El te hablará con claridad”. No cedí en mi empeño hasta que obtuve la Apertura.

Aunque este hombre del campo era iletrado y no sabía ni escribir ni contar, bastaba con escuchar sus enseñanzas sobre el conocimiento de la Unidad (*at-tawhîd*) para apreciar su nivel espiritual. Dominaba los pensamientos (*al-khawâtir*) con su energía espiritual (him mah) y podía superar los obstáculos de la existencia con las palabras. Se le veía invocar en estado de pureza ritual, vuelto hacia la *quiblah* y casi siempre en ayunas.

Un día, los cristianos le hicieron prisionero. Como sabía lo que iba a suceder, incluso antes de salir, había advertido consecuentemente a los miembros de la caravana en la que viajaba de que serían apresados todos al día siguiente. Por la mañana, como había previsto, el enemigo les tendió una emboscada y los apresó. Con todo, tuvieron mucha consideración con el shaykh y pusieron a su disposición un alojamiento cómodo y servidores. Poco después, consiguió que lo liberaran a cambio de la suma de quinientos dinares y se puso en camino hacia nuestro país.

A su llegada, le propusieron que recolectara el rescate entre dos o tres personas. Y replicó: “No, me gustaría recibirlo de todas las personas posibles. Si pudiera, lo obtendría de cada uno en pequeñas sumas, pues Allah me ha hecho saber que, en cada alma que ha de ser pesada en la Balanza el Día del Juicio, hay algo que merece salvarse del Fuego. De esta forma, obtendría el bien de cada uno para la comunidad de Muhammad”.

Cuentan que, estando todavía en Sevilla, alguien fue a informarle de que la gente de la fortaleza de Kutâmah necesitaba lluvia. Aunque la fortaleza estaba separada de nosotros por el mar y por un viaje de ocho días a través del país, se puso en camino con uno de sus discípulos llamado Muhammad. Antes de su salida, le sugirieron que pidiera he hiciera Du'a por ellos sin emprender el viaje, pero contestó que Allah le había ordenado que se dirigiera a ellos en persona. Cuando llegaron, no les dejaron entrar. Sin embargo, incluso ignorado, realizó el istisqâ y Allah les envió la lluvia poco después. A su regreso, vino a vernos antes de entrar en la ciudad. Su discípulo Muhammad nos contó más tarde que, cuando Allah envió la lluvia, ésta cayó alrededor de ellos, pero que ni una gota les había tocado. Al expresar al shaykh su sorpresa por el hecho de que la misericordia divina no hubiera descendido sobre él también, el shaykh gritó y dijo: “Así habría sido si yo lo hubiera pensado!”.

Un día estaba sentado junto al shaykh, se presentó un hombre con su hijo. Le saludó e indicó que hiciera lo mismo. Por aquella época, nuestro shaykh había perdido ya la vista. El hombre le dijo: “Oh, Sîdî, este es mi hijo, que se ha aprendido el Corán de memoria” Al oír esto, la actitud del shaykh cambió por completo, bajo la influencia de un estado espiritual (hâl). Entonces dijo al hombre: “Lo Eterno lleva consigo lo transitorio. Que el Corán nos guíe (yahfizhy) y nos proteja (yahfizhy), a nosotros y a tu hijo!”. Esta anécdota es un ejemplo de sus estados de Presencia espiritual (hudûr).

Era inquebrantable en el Din de Allah e irreprochable en todas las cosas. Siempre que iba a verle, me recibía con estas palabras: “Bienvenido sea un hijo filial, pues todos mis hijos han carecido de franqueza hacia mí y han renegado de mis favores, excepto tú que siempre los has recibido y que siempre te has mostrado agradecido por ellos. Allah no lo olvidará”.

En una ocasión le pregunté sobre los inicios de su vida espiritual. Me informó de que el sustento de su vida espiritual. Me informó de que el sustento de su familia para un año era de ocho medidas de higos y que cuando estaba en recogimiento espiritual, su mujer vociferaba contra él y le injuriaba, diciéndole que se moviera y que hiciera algo para satisfacer las necesidades de su familia. Estas reprimendas le turbaban y entonces se ponía a implorar: “Oh, Señor, estos asuntos se interponen entre Tú y yo, pues mi esposa se obstina en importunarme. Si quieres que permanezca en Tu compañía, librame de sus reproches, sino, dímelo”. Un día, Allah le llamó interiormente: “Oh, Ahmad, permanece en Mi compañía y ten por seguro que, antes de que el día termine, Yo te proporcionaré veinte medidas de higos, lo suficiente para dos años y medio”. Continuó su relato diciéndome que, en menos de una hora después, un hombre se presentó en su casa para ofrecerle una medida de higos. Allah le dijo que esa era la primera de las veinte medidas. Así, antes de la puesta de sol, dejaron veinte sacos en su casa. Su familia estaba gozosa y su mujer, satisfecha, le dio las gracias. El shaykh se entregaba mucho a la meditación y sus estados espirituales le proporcionaban mucha alegría y esperanza .

En el momento de mi última visita que Allah sea misericordioso con él! estaba con mis compañeros. Cuando entramos en su casa, estaba sentado; uno de nosotros tenía la intención de hacerle una pregunta pero, nada más entrar, levantó la cabeza y dijo: “Examinemos un problema que ya te he expuesto, Abü Bakr (se refería a mí), pues siempre me ha sorprendido esa palabra de Abü al-'Abbâs b. al-'Arîf : “...hasta que se extinga lo que no ha sido y permanezca lo que nunca ha dejado de ser”. Todos sabemos que lo que nunca existió se extingue (fâna) y que persiste (bâqa) lo que nunca ha dejado de existir; pero, ¿qué entendía él por eso? Como ninguno de mis compañeros estaba en condiciones de responderle, se dirigió a mí. Aunque era capaz de tratar este asunto, me quedé en silencio, evitando hablar de ello. El shaykh lo sabía y no repitió la pregunta .

Guardaba su ropa para dormir y no se turbaba durante las sesiones de samâ , pero cuando oía recitar el Corán, abandonaba todo recato y se ponía muy inquieto. Un día, estaba haciendo el salat de la mañana en su compañía, en casa de mi amigo Abü 'Abdallâh Muham mad al-Khayyât , apodado el Almidonero (al-'Accád), y de su hermano Abâ al-'Abbâs Ahmad al-Harârî el imân recitó la surata “El Anuncio” (an-Nabâ) Cuando llegó el versículo: “¿No hemos dispuesto la tierra como un lecho y las montañas como pilares ?”, me distraje del relato del imân y ya no escuché nada más. Interiormente vi a nuestro shaykh Abü Ja'far que decía: “El mundo es el lecho y los creyentes son los pilares, los creyentes son el lecho y los cognoscentes los pilares, los cognoscentes son el lecho y los profetas los pilares, los profetas son el lecho y los enviados son los pilares” Enumeró otras verdades espirituales (haqâ' iq) y después mi atención se centró de nuevo en la salmodia del imân, que recitaba: “...y ha dicho la verdad. Es el día de la Verda”. Después del salat, le pregunté sobre lo que había visto y me di cuenta de que sus pensamientos respecto a ese versículo habían sido idénticos a los que había oído expresar en mi visión.

Un día, un hombre armado con un cuchillo se abalanzó sobre él con la intención de matarlo. El shaykh ofreció tranquilamente su cuello. Sus discípulos quisieron dominarlo, pero les dijo que le dejaran hacer lo que había venido a hacer. No había hecho más que levantar el cuchillo para degollarlo, cuando Allah hizo girar el arma en la mano del hombre, quien se asustó y la arrojó al suelo. Luego se derrumbó a los pies del shaykh, lleno de remordimientos.

Si no fuera por falta de espacio, habría relatado otras muchas cosas admirables sobre este shaykh, sobre sus sentencias alusivas y sobre las charlas que tuvimos respecto a temas espirituales.

Este shaykh se volvió hacia Allah asistiendo a las sesiones (majlis) del shaykh Abü 'Abdallâh b. al-Haw wâc al que conocí y con el que trabé una verdadera amistad; no hablaré de él porque no entra en la categoría de las personas consideradas en esta obra.

Al-'Uryanî era conocido por practicar el dhikr, tanto en estado de vigilia como de sueño; yo mismo observé cómo se movía su lengua en la invocación mientras estaba dormido. Sus estados espirituales eran intensos y las gentes del lugar estaban tan mal avenidas con él que uno de los notables de la comunidad llegó a hacerle desterrar. Así fue como llegó a nuestra casa en Sevilla.

A raíz de su acción, Allah envió a las gentes del lugar un jinn, llamado Khalaf, quien penetró en la casa del notable en cuestión y lo expulsó de ella a la fuerza. Ese jinn se quedó y llamó a las gentes del lugar. Después de llegar a la casa, oyeron cómo le preguntaba a uno de ellos si había desaparecido algo de su casa y si sospechaba de quién lo había cogido. Al contestar el hombre afirmativamente a las dos preguntas, el jinn le dijo que sus sospechas no tenían fundamento y que el nombre del verdadero culpable era Fulano, el cual se había quedado prendado de su mujer y había cometido adulterio con ella. El jinn le ordenó que fuera a asegurarse en persona, y pudo comprobar que todo lo que le había dicho era

cierto. Continuó de esta forma descubriéndoles, igual que a sus hijos, los males y vicios ocultos, hasta que quedaron reducidos a la desesperación. Cuando le suplicaron que les dejara en paz, les contestó que había sido 'Abdallâh (al-'Uryanî) quien les había impuesto su presencia. Se quedó entre ellos durante seis meses. Después fueron a buscar al al 'Uryanî y le suplicaron que regresara a su ciudad, implorando su perdón por lo que le habían hecho. El shaykh reconsideró la decisión y se marchó con ellos para librarlos del jinn. El hecho se hizo célebre en toda Sevilla.

Un día que yo estaba con él, pidió algo para beber.

Uno de sus discípulos se levantó y le trajo, en una bandeja de cobre, una jarra con un tapón de cobre. Cuando bebió, exclamó: "No deseo beber lo que está contenido entre dos cosas maléficas. Le llevó otra jarra. Allah hacía de cada cosa que le comunicaban sus sentidos un medio de enseñar alguna sabiduría.

=====

1 Cf. Futûhât, I, pág. 186; II, pág. 177; III, pág. 539, donde aparece como Abû al-'Abbâs. En la Durrah, le llaman 'Abdallâh. (Cf. Etudes Traditionnelles, 1962, pág. 169 y n[12. Para referimos a esta revista, emplearemos en lo sucesivo la abreviatura E.T.).

2 Llegó a Sevilla seguramente antes del 580/1184. Cf. Futûhâr, 11, pág. 425.

3 Recuerdo e invocación del nombre de Alá.

4 Los khawâtir son "palabras que vienen súbitamente y de forma no deliberada al pensamiento" (cf. E.T., 1962, pág. 167 y n[5). Sobre la himmah "energía espiritual" o "aspiración concentrativa", cf. Futûhât cap. 229 y E.T., 1961, pág. 89, n 28. Jurjânî en sus Ta'rîfât, la define como "la orientación y la resolución del corazón que concentra todas sus energías espirituales hacia lo Verdadero (al-Haqq) para alcanzar la perfección, ya sea para él mismo o para otros" (trad. J.L. Michon).

5 La qiblah es la dirección de la Meca. Condición necesaria para la plegaria ritual (calah); se recomienda, además, para cualquier obra de adoración, de invocación (dhikr) o de lectura del Corán (cif, infra, pág. 127), pues esta orientación espiritual representa simbólicamente la dirección de la intención (miyyah); cf. R. Guénon, Le Roy du Monde, cap. VIII y Le Symbolisme de la Croix, cap. VIII.

6 Hacia mediados del siglo XII, el poder musulmán se extendía un poco más allá de Andalucía, que sufría constantes incursiones de bandas cristianas procedentes del norte.

7 En la versión más detallada de esta historia en la Durrah, sus compañeros de viaje y él cayeron en una emboscada apenas a tres kilómetros de su ciudad natal, al venir de Sevilla. También se dice en ella que permaneció preso seis meses.

[8] Al-Qacr al-Kabîr. Cf. Archives Marocaines, II, 2 pág. 19.

9 Sobre este rito en el que se pide la lluvia, ver Bukhârî, Cahîh abwâb al-Istisqâ y la Risâlah de al-Qayrawânâ, Argel, 1968, pág. 103. Cf. también en Legey, Essai de folklore marocain, 1926, pág. 27.

10 Esta historia también se relata en la Durrah. En esta versión, al-'Uryanî recibe de Alá la orden de no entrar en la fortaleza y es el propio Ibn 'Arabi el que le pregunta al shaykh por qué la lluvia no le ha caído a él. Cf. Esad Ef. 1777, f. 93 b. La lluvia se asimila al descenso de las influencias celestes; no obstante, al no haber considerado más que el alivio de los habitantes de la fortaleza, afectados por la sequía, al-'Uryanî no se había mencionado seguramente en su oración y por ello no había podido aprovecharse de esa modalidad de la misericordia divina.

11 Al decir al shaykh que su hijo es "de los que llevan el Corán (en su memoria)" (Min humalati-l-qur'ân que es hafîzh al-qur'ân, el hombre emplea dos expresiones que sirven normalmente para designar a quienes se han aprendido el Corán de memoria. La frase contiene así los verbos hamala, llevar, y hafîzha, guardar (en la memoria), preservar, proteger.

12 El parentesco es de índole espiritual aquí. La célebre Fâtimah de Córdoba dijo un día a la madre de Ibn 'Arabi que éste era, espiritualmente, su padre.

13 El autor explica aquí que cada saco de higos pesaba cien rotl, y cada rotl equivale aproximadamente a una libra.

14 El estado espiritual (hâl) es la acción temporal de la gracia espiritual concedida al Sufî según su condición y su inspiración.

15 Este célebre Sufî andaluz es el autor de Mahâsin al-majâlîs, traducido y editado por Asin Palacios.

16 Esta frase se encuentra en la obra anteriormente citada, ver pág60 y n[55, texto árabe, pág. 97

17 Ibn 'Arabî volverá sobre ello en su *Livre de l'Exiinction dans la Contemplation*, traducido por M. Vâlsan; cif. E.T., 1961, pág. 39.

18 El perfecto dominio que normalmente tenía de todos sus estados, tanto de sueño como de vigilia, le protegían de cualquier mancha indeseada, pero la efusión de gracia que comporto el “embargo” del Corán, le sumergía sin que pudiera controlarla.

19 La audición, como principio general, es el despertar de los estados espirituales por la fuerza interior de un sonido exterior. De forma más específica, el samâ' consiste en escuchar música o poesía para provocar dichos estados, como se practica en algunas hermandades sufíes. Cf. Hujqîrî, *Kashf al-mahjûb*, pág. 393 Ss.

20 Cf. *infra*, pág. 61.

21 Cf. *infra*, pág. 67.

22 El que preside la oración hecha en común.

23 El Corán, LXXVIII.

24 Versículo 6.

25 Estas meditaciones sobre los versículos coránicos expresan una concepción jerárquica del universo. “Todo enviado (rasûl) es profeta (nabî) por su grado de inspiración: con todo, no es “enviado” más que el profeta que promulgo una nueva ley sagrada” (nota de T. Burckhardt en su traducción de la *Sagesse des Prophetes de Ibn 'Arabî*, 1955, pág. 46).

26 El Corán. LXXVIII, 38-9.

27 Esad Ef. 1777, f. 91 b.

28 Procedía de 'Ulayâ ahora Lulé, cerca de Silves, en el Algarve.

29 Los jîns son seres de naturaleza sutil y pueden ser bien intencionados hacia los hombres u hostiles.

30 La palabra para designar el “cobre”, nuhâs, viene de la raíz nahisa, que significa ser siniestro o de mal agüero, traer desgracia. Los dos planetas maléficós en astrología, Marte y Saturno, se llaman an-Nahisân.

AD-DURRAT AL-FÂKHIRAH

Pasó cuarenta años en lugares desiertos y otros cuarenta en Sevilla.

Fui a verle un día mientras hacía la ablución (wudû). Al efectuar este rito, la vergüenza y el temor le hacían cambiar de color. Cuando le preguntaban la razón, respondía: “¿Como podría ser de otro modo para quien se prepara para conversar con Allah, cargado de dunub (errores, equivocaciones)?”. Realizaba sus abluciones meticulosamente, lavando tres veces cada parte del cuerpo al pronunciar el nombre de Allah.

Cuando terminó, levantó la cabeza y me vio delante. Estaba sentado en un banco y se preparaba para secarse; me hizo señas para que me acercara. En aquella época, empezaba a seguir el Camino y había recibido algunas exhortaciones de naturaleza espiritual que no había confiado a nadie. “Oh, hijo mío”, me dijo, “cuando hayas probado la miel, deja el vinagre. Allah te ha abierto el Camino, es preciso que permanezcas en él con firmeza. ¿Cuántas hermanas tienes?”. Le informé de que tenía dos hermanas. “¿Están casadas ya?”. Le respondí que todavía no lo estaban, pero que la mayor estaba prometida al Emir Abû al-'Alâ b, Ghazûn. “Hijo mío, debes saber que ese matrimonio no se celebrará, pues tu padre y el hombre de quien hablas van a morir y te vas a quedar solo para hacerte cargo de tu madre y de tus hermanas. Tu familia querrá persuadirte de que regreses al mundo para que cuides de ellas. No hagas lo que van a pedirte y no tengas en cuenta sus palabras, pero recítales este versículo:

“*Ordena a tu familia que rece y tú mismo persevera en el salat. No te pedimos que satisfagas nuestros medios de subsistencia. Nosotros proveeremos y el final dichoso es para aquellos que temen a Allah*”. No hagas nada más, pues Allah te ha preparado una senda de entrega. Si les haces caso, serás abandonado en este mundo y en el Otro, dejado a tu suerte”.

Antes de terminar el año, el Emir murió sin haber podido efectuar su matrimonio con mi hermana. Mi padre murió seis años después. El shaykh también murió. Llegó el momento en que mi familia vino a buscarme y me reprocharon que no satisficiera las necesidades de mis hermanas. Después vino a verme mi primo y, con mucha deferencia, me suplicó que regresara al mundo por el bien de mi familia. Por toda respuesta, le recité estos versículos que había compuesto bajo la inspiración del momento:

Ellos me invitaron a alejarme de la Senda de Allah. Yo respondí: ¿Cómo podría abandonar la Senda cuando el Amigo ha dicho:

Excepto el sol naciente de la Realidad, ¿qué hay sino la sombría noche del error? Así que no puedo hacer lo que me pedís.

El Emir de los Creyentes deseaba, no obstante, que entrara a su servicio. A este fin, envió al antiguo Jefe de justicia Ya'qûb Abû al-Qâsim b. Taqî. Le había dicho al juez que se encontrara conmigo a solas y que no intentara obligarme si rechazaba su proposición. Cuando vino a hacerme esta oferta, la rechacé; las palabras del shaykh resonaban todavía en mis oídos. A continuación conocí al Príncipe y se interesó por mis dos hermanas que necesitaban protección. Cuando le puse al corriente de su situación, me propuso buscarles maridos apropiados, y le respondí que yo mismo me encargaría. "No seas tan expeditivo, me dijo, tengo obligaciones para con ellas". Entonces llamó a su guardia y le ordenó, con insistencia, que le informara de mi respuesta tanto de día como de noche. Poco después de dejar al Príncipe, me envió un mensajero para renovar su ofrecimiento relativo a mis dos hermanas. Le di las gracias al mensajero y partí casi de inmediato para Fez con mi familia y con un primo paterno. Unos días después, el Califa pidió noticias mías a Abû al-Qasîm b. Nadîr. Le informó que había salido para Fez con mi familia. Al enterarse de ello, el Califa exclamó: "Gloria a Allah!" Una vez establecido en Fez, casé a mis dos hermanas y de ese modo me libré de su carga. Después de eso sentí de nuevo la influencia del shaykh y me encaminé hacia La Meca. Es uno de los ejemplos de sus gracias espirituales.

A su muerte, lavamos su cuerpo durante la noche, en secreto y lo llevamos a hombros hasta su tumba, donde lo dejamos. Por la mañana, la noticia de su muerte se había difundido por toda la ciudad. Poco después, no quedó nadie con el Príncipe de los Creyentes, salvo su guardia.

Cuando preguntó lo que ocurría, se le anunció la muerte del shaykh y lo que nosotros habíamos hecho; entonces comprendió el comportamiento de sus hombres. El Príncipe salió para asistir a los funerales, pero la gente no le prestó ninguna atención dado que los miraba con desprecio.

Nunca decía "yo" y nunca le oí pronunciar esa palabra. Venía frecuentemente a nuestra casa para ver a uno de mis tíos, durante mi período de ignorancia, es decir, antes de que yo entrara en el Camino.

(Respecto al matrimonio, la versión de la Durrah es algo distinta).

Habíamos buscado a una mujer para dársela en matrimonio con la intención de resolver el asunto. Sucedió que caí enfermo y, cuando vino a visitarme, le presenté mi proyecto. "Hermano, me dijo, ya me he casado y el jueves entraré en mi casa nupcial". Era sábado. Se marchó. Poco después, Umm az-Zahra, una mujer que estaba en el Camino de Alláh, vino a verme y le puse al corriente del asunto. Cuando me dejó, se dirigió a su casa y se enteró de que, casi nada más dejarme, se había puesto enfermo. Cuando ella le habló de matrimonio, el respondió: "Oh Fatimah, dentro de cinco días, entraré en mi cámara nupcial, como le dije a mi hermano Ibn 'Arabi", Ella le preguntó: "¿Con quién vas a casarte y cómo es posible que tengas un secreto con nosotros?". A lo que él respondió: "Hermana, el jueves lo sabrás". Y el jueves se murió, fue enterrado y entró en el Cielo la noche del viernes, in shla 'Allah, como un recién casado.

Fui compañero de ese shaykh durante cerca de trece años.

[9] Esad Ef. 1777, f. 80 b.

10 La pureza espiritual es indispensable para efectuar el rito de la oración.

11 El Corán, XX, 132.

12 Este debe ser Abû Ya'qûb, Yûsuf, el Almohade, que reinó de 1163 a 1184.

CÂLIH AL-'ADAWÎ

Este hombre era un cognoscente por Allah (‘ârif bi llâh), dedicándole a El todo lo que hacía, y recitando el Corán en todos los momentos del día y de la noche. Nunca tuvo casa propia y no se preocupaba en absoluto de su salud; era de esos que pretenden alcanzar la estación de los setenta mil que entrarán en el Paraíso sin sufrir la Rendición de Cuentas (al-hisâb)[1].

No hablaba con nadie y no asistía a ninguna reunión. A veces venían a decirle que el sol se ocultaba en el cielo, mientras él estaba todavía en la primera rakat del salat de la mañana[2]. Cuando se preparaba para el salat los días de frío intenso, se quitaba la ropa, conservando solamente una camisa y los pantalones; y,

a pesar de ello, sudaba como si se encontrara en las termas. Al hacer sus ibadas (práctica), lanzaba gemidos y mascullaba de tal forma que nadie podía comprender lo que decía.

Nunca dejaba nada para el día siguiente y no aceptaba nada que excediera lo justo y necesario, tanto si era para él como para los demás. Pasaba la noche en la mezquita de Abú ‘Amir ar-Rutundalí, el recitador del Corán[3]. Fui discípulo suyo durante varios años, en ellos me dirigió tan pocas veces la palabra que casi podría contar sus palabras. Un año, desapareció de Sevilla con motivo de la Fiesta del Sacrificio[4] Ciertamente jurista, hombre digno de fe, me indicó después que el shaykh había estado presente en la concentración de ‘Arafât[5] y que lo había sabido por alguien que lo había visto allí[6].

Mantenía una relación especial con nosotros y con frecuencia nos dirigía sus meditaciones, de lo cual obtuvimos un gran beneficio espiritual. Por lo que a mí respecta, me anunció muchas cosas que, más tarde, resultaron totalmente justas.

Fue Abú ‘Alí ash-Shakkâz[7] quien le cuidó durante su enfermedad. Posteriormente vivió cuarenta años en Sevilla, donde murió. Nosotros mismos lavamos su cuerpo durante la noche y lo llevamos a hombros hasta su tumba, donde le dejamos para que la gente rogara por él y lo enterrara. Nunca jamás encontré a alguien parecido.

Su condición (hâlah) era semejante a la de Uways al Qaranî[8].

[1] <![endif]> Budhârî K. ar-Riqâq, b. 50.

[2] Se trata de la –alât ad-duhâ, oración superrogatoria que se hace a media mañana.

[3] Cf. Ibn Abbâr Takmilah, ed. Codera, pág. 527

[4] Esta fiesta musulmana, que conmemora el sacrificio de Abraham, se celebra el décimo día del mes de Dhû-l-Hijjah, mes de la peregrinación. Se llama ‘Ayd al-Adhâ, la Fiesta del Sacrificio, o ‘Ayd al-Kabîr, la Gran Fiesta.

[5] Uno de los ritos de la peregrinación.

[6] Evidentemente. Calih al-’Adawî no se había dirigido a La Meca de la misma forma que los demás peregrinos... Ibn ‘Ajibah relata una anécdota semejante: “Sîdî al-Husayn al-Hajjûji formaba parte de las “gentes de paso” (ahl al-khutwah). Todos los años estaba presente con los peregrinos del Monte ‘Arafât, adonde se dirigía de una forma extraordinaria, reduciendo las distancias” (J. L. Michon, L’Autobiographie... op. cit. pág. 34).

[7] Cf. infra, pág. 71

[8] Uways al-Qaranî vivió en la época del Profeta, peso nunca le vio. A pesar de ello, el Profeta le conocía y le dió su descripción a ‘Umar y a ‘Alí y les suplicó que fueran a transmitirle sus saludos (y a pedirle que intercediera por su comunidad; también ordenó que le devolvieran su abrigo). Después de la muerte del Profeta, se pusieron a buscarlo y le pidieron su bendición; él les aconsejó que estuvieran preparados para el Día de la Resurrección. Murió combatiendo por ‘Alí en la batalla de Ciffm, en 37 H. (lo cual hace decir a Corbin, fiel a su manía “asimiladora”, que fue un mártir del shiismo. Sobre este santo totalmente excepcional, podemos remitimos al Mémorial des Saints de ‘Attâr (1976, pág. 27-37) y será fácil comprobar una gran similitud de carácter espiritual entre estos dos awliyâ’. La observación final de Ibn ‘Arabî debe indicar también la pertenencia de Calih al-’Adawî al tipo espiritual de los Ywaysîs; ver al respecto Jâmi, La Vie des Soufis, (1977, pág. 77-9) y, con reservas, H. Corbin, L’Imagination créatrice dans le Soufisme de Ibn ‘Arabî, 1958, pág. 27.

Abú ‘Abdallâh Muhammad ash-Sharafi

Este shaykh hacía siempre sus cinco salat en la gran mezquita de ‘Udays, en Sevilla. Se ganaba la vida vendiendo opio, que recogía en la buena estación y que vendía a personas íntegras, cuyo dinero sabía que había sido ganado honradamente.

Se quedaba tanto tiempo de pie realizando sus salat que sus pies se hinchaban y, en ese estado, las lágrimas le corrían por la barba como perlas. Vivió en la misma casa durante cuarenta años, sin encender nunca ni fuego ni luz, entregándose con fervor a las obras de adoración.

Un día me sorprendió retrasándome por mirar al loco del barrio que estaba en medio de la muchedumbre. No le había visto, pero me cogió por la oreja, me llevó aparte y me dijo: “¿Eres tú el que obra así?”. Ante estas palabras, me sentí totalmente avergonzado y me dirigí con él a la mezquita.

Solía anunciarme los acontecimientos antes de que se hubieran producido y todo ocurría siempre como había pronosticado.

En la mezquita, nunca ocupaba un lugar determinado ni hacía su salat dos veces en el mismo sitio. Como nadie se atrevía a pedirle abiertamente que rogara por él, el que quería beneficiarse de sus súplicas le acechaba cuando entraba en la mezquita para saber dónde iba a hacer su salat; entonces iba a ponerme a su lado. Cuando el shaykh se sentaba después del salat, la persona que deseaba su ayuda efectuaba su

súplica (du'á) en voz alta y el shaykh añadía su “Amin”; esa era su manera de suplicar. Un día, le pedí que rogara por mí y lo hizo, empezando incluso la petición en mi lugar, alabado sea Allah!. Siempre me dirigía la palabra el primero, pues sentía ante él un temor reverencial. He sacado un gran provecho de su compañía.

Por lo que respecta a sus gracias espirituales, observé que ante la proximidad de su muerte, abandonó su morada diciendo que quería hacer un viaje. Se marchó hacia su pueblo natal de Aljarafe, a dos parasangas de Sevilla. Cuando llegó, se murió. Que Allah sea misericordioso con él!

Un día vio a un niño pequeño con un cesto de semillas de hinojo sobre la cabeza; el chico parecía profundamente afligido. El shaykh le miró con asombro y se apiadó de él. Este le pidió entonces una oración mientras la gente se amontonaba a su alrededor. “¿Que te ocurre, hijo mío?”, le preguntó el shaykh. “Mi padre ha muerto, dejando a mi madre y a mis hermanos sin recursos. Hoy nos hemos levantado sin tener nada para comer y, como mi madre conservaba estas semillas de hinojo, me dijo: ‘Cógelas, hijo mío, y vete a venderlas; si es suficiente, tráenos con qué comer todo el día’”. El shaykh lloró e, introduciendo la mano en el cesto, sacó algunas semillas. A continuación dijo: “Es una buena mercancía, pequeño. Ve a decirle a tu madre que tu tío de Aljarafe ha cogido algo, y que está en deuda con vosotros”. Entonces un comerciante cogió el cesto y dijo: “Ahora que el shaykh ha cogido, estas semillas tienen su bendición”. El comerciante fue a buscar a la madre del chico y le dio setenta dinares mu'min por la cesta. El shaykh había obrado de esta forma por misericordia para con ellos. ¡Que Allah esté satisfecho con él!

Ad-Durrat al-fákhirah

Siempre estaba ausente del país en la época de la peregrinación (hayy). Un grupo de peregrinos de Sevilla le vieron.

Un día, estaba con él para el salat de medio día en la mezquita de 'Udays, cuando observó una gran concentración de personas. Me preguntó lo que venían a hacer y le dije que el juez los había reunido para ratificar el nombramiento de un nuevo muhtasib, ellos se habían pronunciado por al-Irnâq. Al oír eso, sonrió y dijo:

“Cuando haya terminado el salat del medio día, verán que les han impuesto a un hombre que ellos no habían elegido”. Le pregunté quién podría ser, pero me contestó que lo sabría después del salat. Entonces realice el salat con él y, cuando terminamos, el juez anunció que había decidido nombrar a al-Talabî para el cargo. Luego se marchó. El shaykh me dijo: “Ves, se ha comportado con ellos como un hombre inteligente con su mujer: le pide su opinión, pero no actúa de acuerdo con sus pretensiones”

[1] Futûhât, 1, pág. 206.

[2] Utilizado naturalmente para fines médicos.

3 Las súplicas (du'á) son invocaciones dichas fuera de las oraciones canónicas y que a menudo van inmediatamente después. Aunque se consideran una forma de oración personal y pueden decirse en una lengua distinta al árabe, generalmente se componen de fórmulas árabes transmitidas por el Profeta, sus Compañeros o algún gran santo, pues así es como transportan su influencia espiritual.

4 La parasanga (farsakh), medida de distancia de los antiguos persas, corresponde a un trayecto recorrido en una hora por un caballo al paso; se ha evaluado en unos 5.250 metros.

Son los dinares acuñados por 'Abd al-Mu'min (muerto en 1163), sucesor del Mahdí Ibn Túmart y fundador de la dinastía mu'minide. Los almohades gobernaron en España hasta 1212.

6 Esad Ef. 1777, f. 83 a.

7Cf. supra, n. 50.

[8] Funcionario encargado en principio de la vigilancia de los mercados, especialmente para el control de los pesos y de las medidas, el muhtasib se convirtió rápidamente en el portavoz del juez (qâdî)

ABÛ YAHYÂ AC-CINHÂJÎ

Era un ciego anciano que había sido imán en la mezquita de Zubaydi hasta su muerte. Lo enterramos en Almonteber y pasamos la noche sobre su tumba.

Le frecuenté y le vi siempre aplicado a las obras de adoración; era un hombre que tenía sólidos conocimientos en las disciplinas y ciencias espirituales. Nunca le vi sentarse en otra parte que no fuera un pequeño taburete.

Murió entre nosotros en Sevilla, ¡que Allah tenga misericordia de él! y, así, tuvimos la prueba de su carisma. El viento no dejaba nunca de soplar en la montaña en la que lo enterramos; aquel día, Allah aplacó el viento. La gente consideró eso como un buen presagio y fueron a pasar la noche sobre su tumba para recitar el Corán. Cuando abandonaron la montaña, el viento volvió a soplar como antes.

Yo era, como se sabe, uno de sus compañeros. Era de los que llevan una vida errante (min ahl as-siyâhât), viajaba sobre todo a lo largo de las costas, buscando aislarse de los hombres.

[1] Futûhât, pág. 206

2 Futûhât., ibid.

3 “El errante (as-sâ’ih) dice Ibn ‘Arabi, es el que circula por la tierra para extraer de ella temas de meditación y, con ello, aproximarse a Alá, siguiendo un gusto por el aislamiento que nace de su propia inclinación hacia la sociedad”. Cf. Futûhât, cap. 174 y 175, traducidos por E. Dermenghem en *Les plus beaux textes arabes*, 1951, pág. 279-84.

4 La khalwah, o el hecho de aislarse de los hombres y del mundo, es una característica importante de toda la espiritualidad tradicional. Algunos sufíes la han practicado durante la mayor parte de su vida y otros no han recurrido a ella más que en algunas épocas para restaurar esa integridad que el contacto con el mundo debilita inevitablemente. Ibn ‘Arabi escribió un tratado sobre el tema en el que da instrucciones para el retiro intensivo: *Kitâb al-khalwah*, Aya Sofya, 1644. Sobre el mismo tema, ver *Futûhâr*, cap. 78 y 79, traducido por M. Vâlsan, E.T., 1969, pág. 77-78.

ABÛ AL-HAJJÂJ Y’ÛSUF ASH-SHUBARBULÎ

Era originario de Shubarbul, pueblo del Aljarafe, aproximadamente a dos paransangas de Sevilla. Pasó gran parte de su vida en lugares desiertos. Era compañero de Abû ‘Abdallâh b. al-Mujâhid y se ganaba la vida trabajando con sus propias manos. Entró en el Camino antes de haber alcanzado la pubertad y lo siguió hasta su muerte. Ibn al-Mujâhid, el maestro de nuestro Camino en este país, sentía por él mucho respeto y, cuando venía a verle, acostumbraba a decir: “Pedid a Abû al-Hajjâj ash Shubarbulî que ruegue por vosotros”. Es el propio Abû al-Hajjâj el que me lo ha contado.

Me contó también que visitaba a Ibn al-Mujâhid todos los viernes y que una vez lo encontró delante de una pared de su casa que se había caído y que estaba arreglando para poner a su familia a cubierto. “Después de haberme saludado, Ibn al-Mujâhid me dijo: ‘Abû al-Flajjâj, hoy es jueves, has venido en un día desacostumbrado’. Yo le contesté que estábamos a viernes. Y al oírlo, I al-Mujâhid golpeó con sus manos y exclamó: ‘Pobre de mí! Y todo eso porque tenía ese trabajo que hacer. ¿Qué habría ocurrido si hubiera tenido más?’. Se lamentó y lloró, sintiendo el tiempo que había perdido. Al contármelo, el propio Abû al-Hajjâj también lloraba; luego añadió: “Así es como se afligen los nuestros, siempre que han perdido la felicidad de la presencia de Allah”.

Aunque Abû al-Hajjâj era, sin duda, el más eminente de nosotros, continuó alimentándose del trabajo de sus manos hasta que se volvió demasiado débil y tuvo que contar con los donativos piadosos. Cuando se volvió viejo y demasiado débil para desplazarse, lloraba y me decía: “Hijo mío, Allah me ha concedido el favor de recibir muchas visitas a casa, pero de esta forma El me expone a la tentación; pues, ¿Quién soy yo para crearme digno de todo eso? Ojalá tuviera buena salud, preferiría con mucho visitar a la gente en sus casas mejor que recibirlos”.

Era realmente una misericordia para el mundo. Cuando las gentes del Sultán venían a verlo, me decía: “Hijo mío, estos hombres son los ayudantes de la verdad (al haqq) ocupados en los asuntos del mundo; Allah pide que se ruegue mucho por ellos para que El conceda la verdad (al-haqq) a sus actos y los ayude”. El Sultán tenía muchas deferencias con él.

Fuera cual fuera la cantidad de personas que vinieran a visitarlo, él les ofrecía toda la comida que poseía, sin apartar nada para él. Un día, delante de unos señores, me dijo: “Hijo mío, tráeme la cesta”. Se la llevé, pero no encontré nada en ella más que un puñado de garbanzos; los puse delante de ellos y se los comieron.

Fuí testigo de numerosas pruebas de su gracia espiritual; era de esos que pueden caminar sobre las aguas.

Había un pozo en su jardín, de donde sacaba el agua para las abluciones. Habíamos observado que, al lado del pozo, había un gran olivo cubierto de hojas y de frutos, con el tronco fuerte. Uno de nosotros le preguntó por qué había plantado un olivo en aquel lugar, pues dificultaba el acceso al pozo. Levantó la cabeza hacia nosotros, pues la edad había curvado su espalda, y dijo: “Me he criado en esta casa y, por Allah!, os aseguro que nunca había notado ese olivo hasta hoy”. Tal era la intensidad de la ocupación de su corazón.

Siempre que uno de nosotros entraba en su casa, le encontraba leyendo el Corán. No leyó otro libro hasta su muerte.

Este shaykh tenía una gata negra que dormía sobre sus rodillas y que nadie podía coger o acariciar. Una vez me contó que la gata podía reconocer a los Amigos de Allah (awliyá, los queridos por Allah) y me explicó que esa actitud huidiza no era natural en ella, pues Allah la volvía muy afectuosa con los Amigos de Allah. Yo mismo la vi frotar su cara contra las piernas de algunos visitantes y huir de otros. El día en que nuestro shaykh Abû Ja’far al-’Uryanî fue a verle por primera vez, la gata estaba en la otra

habitación. Antes de que se sentara, entró y le miró; entonces dio un salto, echó sus patas alrededor de su cuello y frotó su cabeza contra su barba. Abû al-Hajjâj se levantó para recibirlo y le hizo sentarse, pero no dijo nada. Después me confesó que nunca había visto la gata comportarse de aquella manera y que había continuado así mientras duró la visita.

Un día que yo estaba con el shaykh en una sesión, un hombre vino a verle; padecía un dolor de ojos tan fuerte que chillaba como una mujer de parto. Había gritado tanto al entrar que había molestado a las personas presentes; el propio shaykh palideció y se puso a temblar. Levantando entonces su mano bendita, la puso sobre los ojos y el dolor cesó. El hombre quedó tendido en el suelo, como muerto. Finalmente, se levantó y abandonó la casa con los demás, completamente curado.

Este shaykh siempre estaba acompañado por un jinn virtuoso y creyente. Un día, le visité con nuestro shaykh Abû Muhammad al-Mawrûrî y le dije: “Oh, Sidî! este es uno de los compañeros de Abû Madyan”. Entonces sonrió y dijo: “Qué maravilla! También ayer, Abû Madyan estuvo en mi casa. Qué excelente shaykh!”. Hay que decir que en aquella época, Abû Madyan vivía en Bougie, aproximadamente a cuarenta y cinco días de camino. Así que la visita de Abû Madyan a Abû al-Hajjâj se había producido de forma sutil; a mí me solía ocurrir lo mismo con Abû Ya'qûb. Abû Madyan, por otra parte, hacía mucho que había dejado de viajar.

Hay muchas cosas que recuerdo y que no puedo relatar aquí, cosa que también ocurre con los demás. Solamente he escrito sobre ellos para demostrar que mi época no estaba desprovista de hombres de espiritualidad (rijâl).

Ad-Durrat al-fâkhirah

Un día oí una voz que recitaba el Corán al estilo del Shaykh. Le informé de ello y le dije que se trataba de un jinn creyente que me había pedido que le dejara compartir mi compañía; había insistido en ello y me había comprometido con un juramento. Mantuve el compromiso y le permití que se sentara conmigo para estudiar el Corán.

Abû al-Hajjâj como su propio shaykh, siempre era complacido cuando efectuaba una invocación (du'â') y tenía el poder de caminar sobre las aguas.

Una noche, unos ladrones entraron en su casa y se llevaron algunas cosas. Mientras robaban, el shaykh estaba en su estera realizando el salat (postración del musulmán cinco veces al día), demasiado absorto en sus devociones para darse cuenta de su presencia. Cuando los ladrones quisieron abandonar el lugar, no pudieron encontrar ninguna salida y la pared parecía crecer ante sus ojos. Entonces devolvieron los objetos y encontraron la puerta. Uno de ellos se quedó cerca de ella y los demás regresaron a buscar los objetos que habían sustraído. Nada más hacerlo, de nuevo no pudieron encontrar la salida. Cuando preguntaron a su jefe, les aseguró que no se había movido del sitio, pero que ya no podía ver la puerta. Repitieron la operación varias veces, pero sin éxito. Cuando se dieron cuenta finalmente de lo que ocurría, devolvieron los objetos robados a su sitio y salieron de la casa arrepentidos. Fue uno de los ladrones el que me contó esta historia.

Me quedé con él hasta su muerte, habiendo sido su compañero durante cerca de diez años.

1 Futûhât, I, pág. 206. Ibn Abbâr, Takmilah, n. 2083.

2 Cf. infra, pág. 169.

3 La contribución de Ibn al-Mujâhid se explica sobre todo por el hecho de que se trata de un viernes pues, además de su importancia para todo musulmán debido a algunos ritos como la oración del viernes (calâr al jum'ah) realizada en común en la mezquita, este día comporta cierto número de gracias y de virtudes que deben ser percibidas normalmente por la atenta sensibilidad de un hombre del Tacawwuf.

4 Cf. supra, pág. 13.

5 Los jinns son seres de naturaleza sutil (“hechos de fuego”); algunos son impíos mientras que otros pueden ser judíos, cristianos o musulmanes. Cf. El Corán, LI, 56 y LXXII, 1-15.

6 Cf. infra, pág. 79.

7 Df. supra, pág. 47.

8 Esad Ef. 1777, f. 79 a.

9 Aquí se sitúa el relato del pozo y del olivar. Cuando Ibn 'Arabi le pregunta, responde: “Igual que hablar demasiado, también es censurable mirar demasiado a su alrededor”.

10 Murió en el 587/21191, cuando ibn 'Arabi tenía veintiséis años,

Abû 'Abdallâh Muhammad b. Qassûm(1)

Este shaykh fue también un compañero de Ibn al Mujâhid y siguió sus enseñanzas hasta su muerte; tras sucederle en su cometido, llegó a su grado de realización, superando incluso a su maestro. Era un hombre que unía en sí la ciencia y las obras, un Mâlikitê y un defensor elocuente del saber y de sus virtudes.

Fuí compañero suyo y estudié con él todo lo que deseaba aprender respecto a la pureza ritual y a el salat. También asistí a la lectura de sus obras.

Su du'a al final de cada sesión era siempre: "Allahumma, haznos oír el bien, haznos ver el bien! Que Allah nos otorgue la protección y la haga permanente! Que Allah reúna nuestros corazones en el temor santificante y nos haga triunfar en lo que a El le gusta y en aquello con lo que El esté contento!". Luego recitaba el final de la surata "La Becerra" También recitábamos esta du'a al final de nuestras sesiones. Una noche, mientras yo me encontraba en el noble Santuario de La Meca, vi al Profeta en sueños; un lector le estaba leyendo el Cahîh de Bukhârf. Cuando terminó, el Profeta recitó esa misma du'a. Así que, a continuación, me entregué con ardor a esa práctica .

Este shaykh, hombre de celo y de esfuerzo (al-jidd wa- ljjihâd), era muy puntual en la realización de sus obras de adoración. También se imponía obligaciones en momentos determinados del día y nunca faltó a ellas. Tenía igualmente la costumbre de consignar sus actos cotidianos para pedirse cuentas a sí mismo por la noche .

Si comprobaba que había obrado bien, daba gracias a Allah, si no, se arrepentía y decía todas las oraciones necesarias para su perdón. Todas las noches actuaba así.

Se ganaba la vida confeccionando gorros. Un día que había gastado todo su dinero, se había sentado en su tienda y había cogido sus herramientas de trabajo, cuando oyó que la puerta se abría y se cerraba. Salió, pero no encontró a nadie; no obstante, vio que le habían dejado seis dinares, y los cogió. Entonces arrojó las tijeras a un pozo diciendo: "Allah vela por mi existencia, ¿Debería velar yo también? ¿por qué habría de preocuparme por algo que tengo garantizado? En lo sucesivo ya no serás tú el que busque las ganancias, sino que ellas te buscarán a ti". Dejó su oficio y desde entonces vivió de limosna.

Ya he relatado la forma que tenía de compartir sus días y sus noches, pero he aquí algunos detalles más. Después del salat matinal (cubh) se sentaba para la invocación (dhikr) hasta la salida del sol, luego hacía dos rakatas . A continuación iba a buscar sus libros y salía para reunirse con los alumnos; se quedaba con ellos hasta una hora avanzada de la mañana y volvía a su casa para comer un poco, los días que no ayunaba. Entonces realizaba el salat de la mañana (ad-duhâ) y dormía un rato. Al levantarse, hacía la ablución (wudû) si tenía alguna obligación, la cumplía, si no se sentaba para el dhikr. Cuando llegaba el medio día, abría la mezquita y llamaba a la gente para . Después volvía a casa para las para realizar du'a y para el dhikr hasta que llegara el momento de hacer el zhuhr ; entonces se dirigía a la mezquita y realizaba la llamada inmediata sin hacerla preceder de dhikr y du'a. Al dirigir el salat, se balanceaba en el mihrâb, como embriagado por el estado que la Palabra Divina provocaba en él . Después del saludo final (con que termina el salat), dejaba la mezquita y regresaba a casa para continuar con el dhikr. Posteriormente, abría el Corán, lo ponía sobre sus rodillas y, siguiendo las letras con el dedo y con los ojos, lo salmodiaba con una voz suave, reflexionando en el sentido de los versículos; así leía cinco juz . Al final de la sobremesa, llamaba a al salat ('acr) y volvía a marcharse a casa; cuando la gente estaba reunida, iba y practicaba las ibadas del Islam con ellos. A continuación regresaba a su casa y se sentaba para el dhikr hasta la puesta del sol; entonces llamaba a el salat (maghrib) y lo efectuaba. Luego volvía a casa. Entre los dos salat de la noche, cuando la oscuridad empezaba a bajar, encendía las lámparas de la mezquita, realizaba dhikr y regresaba a casa para cumplir las ibadas voluntarias. Cuando la comunidad estaba reunida, hacía el salat ('ishâ) con ellos. Después de eso, cerraba la mezquita. Una vez en su casa, examinaba su conducta del día, sus gestos, palabras y todo lo que sabía que el ángel había guardado contra él, con miras a actuar en consecuencia. Entonces se metía en la cama y dormía. Cuando había transcurrido parte de la noche, se levantaba, efectuaba la ablución mayor si se había unido a su mujer y se aislaba en su oratorio para leer el Corán. Obtenía grandes alegrías, tanto a nivel de la Excelencia de la Unidad (hadrat at-tawhîd), como a nivel paradisíaco, como a nivel racional o legal, según el contenido de los versículos. Así continuaba hasta la mañana.

En el transcurso de estas lecturas del Corán, recibió de Allah numerosas ciencias espirituales que no poseía. Allah se las dió a conocer mediante el Corán, pues El dijo:

'Temed a Allah, pues es Allah el que os instruye ".

Al amanecer, iba a abrir la mezquita, encendía las lámparas y llamaba al salat. Al regresar a su casa, realizaba las dos rakatas del fajr y se sentaba para el dhikr. Cuando el cielo se aclaraba, se dirigía otra

vez a la mezquita para el (cubh). Así es como nuestro shaykh pasaba sus días y sus noches. Sólo salaba sus alimentos dos veces por semana, el lunes y el viernes. Su estado espiritual (hâl) y su estación (maqâm) eran muy elevados y su conocimiento (ma'rifah) considerable. Es raro encontrar un hombre parecido. Se lo presenté a mi compañero 'Abdallâh Badr al-Habashî quien el salat de tras de él.

Ad-Durrat al-fakhirah

Fui compañero suyo durante cerca de diecisiete años.

Después de el salat de mediodía (zhuhr), cogía el Corán y se lo ponía sobre sus rodillas; seguía las letras con su dedo y lo recitaba hasta el salat de la sobremesa ('acr). Continuaba así su lectura de la noche anterior. Le pregunté respecto a ello y me respondió que lo hacía para que cada uno de sus miembros pudiera sacar provecho de esa lectura .

1 Cf. Fûtûhât I, pág. 211; Ibn Abbâr Takmilah, n. 299.

2 Todo musulmán sunnita se relaciona con una de las cuatro escuelas jurídicas (madhâhib). Son las escuelas de Mâlik b. Anas, citado aquí, de Abû Hanîfah de Shâfi'î y de Ibn Hanbal.

3 Es un método para dar testimonio de la autenticidad de la obra leída.

4 "...Señor, no nos castigues por las faltas cometidas por olvido o por error! Señor, no nos cargues con un peso semejante al que cargaste a los que han vivido antes que nosotros! Señor, no nos cargues con lo que no podemos llevar! Borra nuestras faltas! Perdónanos! Ten misericordia de nosotros! Eres nuestro Maestro! Socórrenos contra el pueblo de los infieles!" (El Corán, II, 286).

5 La sesión sufi, o majlis, es la reunión de los discípulos con su shaykh o su representante, para recitar las letanías (awrâd) de la hermandad (tarîqah) y recibir la enseñanza del shaykh.

6 Al-Bukhârî (810-870) reunió la colección cenónica más importante de las Tradiciones del Profeta. El Cahîh se ha traducido al francés con el título *Les Traditions islamiques, 1903-1914*, reimp. 1977, y extractos seleccionados y traducidos por G.H. Bousquet, se han editado bajo el título *L'authensique Tradition musulmane*, París, 1986, Sindbad ed.

7 En su *Conseil à un ami*, Ibn 'Arabi cita también esta du'â y precisa su origen: "He visto al Enviado de Allah en sueños, en el año 599, en La Meca, en una visión de larga duración y le he oído pronunciar una que he retenido en mi memoria; con las manos extendidas, decía ..." (Trad. M. Vâlsan en E.T., 1968, pág. 248).

8 Se trata aquí del "examen de conciencia" (al-muhâsabah), práctica espiritual que fue expuesta principalmente por Harîth al-Muhâsibî (muerto en el 243/857), y de donde se saca su nombre. Según este autor, la muhâsabah es "la reflexión que conduce al discernimiento de lo que a Allah le gusta y de lo que no" (citado por Abd el- Halim Mahmoud, *Al-Mohâsibî*, 1940, pág. 147).

9 Los cinco salat obligatorias (fard) son: ac-cubh, que debe realizarse entre el alba y la salida del sol, azh-zhuhr, en la primera parte de la sobremesa, al-'acr, en la segunda parte, al-maghrib, después de la puesta del sol y al-'ishâ durante la noche. Estas oraciones, especialmente las cuatro primeras, deben realizarse lo más posible al principio del tiempo prescrito.

10 Cada rakata (rak'ah), o unidad del salat consta de: la posición vertical (qiyân), la inclinación (rukû'), la prosternación (sujûd) y la posición sentada (jalsah). Cada salat, que puede comportar de dos a cuatro rakatas, está precedida por la formulación de la intención (niyyah; el takbîr inicial (que consiste en decir Allâhu akbar: "Allah es más grande"), que se repetirá varias veces a lo largo de este rito; "abre" el momento del salat, que terminará con el saludo final (taslîm), C.F. M. Lings, *Un Saint musulman du XX siècle*, op. cit., cap. XI.

11 El sueño es una de las causas que obligan a renovar la ablución.

12 En el Islam, es la voz humana la que llama a los fieles al salat. Esta llamada se denomina adhân, la persona que hace dicha llamada es el mu'adhhdin (muezzin). La llamada a al salat del zhuhr se lleva a cabo cuando el sol ha dejado el cénit, pero el propia salat se realiza un poco más tarde.

13 Después de la adhân, efectuada a menudo desde lo alto del alminar, se procede a una segunda llamada (iqâmah), más corta, que precede inmediatamente a al salat.

14 El texto árabe precisa que el estado en cuestión es un wajd (cf. infra, nota 204), un "dominio estático" provocado por la pronunciación ritual del texto sagrado. Si la "búsqueda del wajd" (tawâjud)

se efectúa bajo otras circunstancias y casi siempre con cantos sufíes en el momento de las sesiones de “audición espiritual” (samâ’) es de observar que es a propósito de la recitación del Corán como algunos autores, tales como Hujwîrî, demuestran la licitud del tawâjud basándose en el hadith siguiente: “En realidad, este Corán ha caído en la tristeza (huzn). Así, cuando lo leáis, llorad; y si no lloráis, esforzaos en llorar. Y salmodiadlo, pues el que no lo salmodie no es de los nuestros” (Ibn Mâjah Sunan, k. Iqâmat zc-calâh, b. 176).

15 Como es costumbre recitar el Corán entero durante el mes del Ramadân éste se divide en treinta partes (juz’), una para cada día del mes. A su vez, cada una de éstas se divide en dos secciones (hizb).

16 Cada hombre está acompañado por dos ángeles; el que se encuentra a su derecha determina las buenas condiciones, mientras que el de la izquierda lo hace con las malas.

17 Después del acto conyugal, es preciso realizar la ablución mayor (ghusl). Ibn ‘Arabi da la explicación siguiente en Fucuc al-hikam: “No existe unión más intensa que la del acto conyugal. En él, la voluptuosidad invade todas las partes del cuerpo y por la misma razón la Ley sagrada prescribe la ablución total (del cuerpo después del acto conyugal), debiendo ser completa la purificación, porque la extinción del hombre en la mujer ha sido total en el momento del embelesamiento por la voluptuosidad (de la unión sexual). Pues allah está celoso de Su servidor. No tolera que éste crea que goza de algo que no sea El. El le purifica pues, (con el rito prescrito), con el fin de que se vuelva, en su visión, hacia aquel en quien se ha extinguido en realidad puesto que no hay más que eso”. (La Sagesse des prophetes, op. Cit pág. 186-7).

18 El Corán, II, 282,

19 salat que se realiza al alba.

20 Cf. infra, pág. 196.

21 Esad Ef. 1777, f. 78 a.

22 Esto se refiere tal vez al hecho de que los miembros y partes del cuerpo darán testimonio a favor o en contra de su propietario en el Día del Juicio. Cf. El Corán, XXIV, 24.

Abú ‘Imrân Mûsdâ b. ‘Imrân al-Mârtulî[1]

Un día me recitó un poema que se había dirigido:

Eres Ibn ‘Imrân Mûsâ el malhechor,
no eres ciertamente Ibn ‘Imrân mûsâ el interlocutor de Allah[2].

Se imponía una disciplina muy severa y vivió en la misma casa durante sesenta años, sin dejarla jamás. Seguía como regla de vida espiritual la senda de al-Hârith b. Asad al-Muhâsibî, no aceptaba nada de cualquiera y no buscaba nada para sí mismo ni para los demás.

Tuve una visión referente a él que indicaba que debía progresar de su estación (maqâm) hacia otra más alta. Cuando se lo conté, me dijo: “Me has traído una buena noticia, Que Allah regocije tu corazón con la promesa del Paraíso!”. Poco tiempo después, alcanzó la estación indicada en mi visión. Fui a verle aquel mismo día. Su cara se iluminó de alegría al verme y me besó. Entonces le dije: “Ahí está la interpretación de mi visión, así que pide a Alá que El me anuncie la buena nueva del Paraíso”. El me respondió: “Si Allah lo quiere, así será!”.

Antes de terminar el mismo mes, Allah me anunció la buena nueva del Paraíso, confirmándome con un signo evidente que había respondido a la súplica de al-Mârtulî.

Entonces me convencí de ello y ya no dudé de mi sitio en el Paraíso ni de la misión profética de Muhammad (s.a.s). En cambio, ignoro si el fuego me tocará o no.[3] Espero sinceramente que, en Su bondad, me libre de él. Que Allah nos conceda Su perdón a todos!.

Este shaykh era un hombre notable; tenía un conocimiento perfecto y un comportamiento magnífico. Aunque generalmente estaba en un estado de contracción espiritual (qabd)[4] siempre acogía bien a sus

visitantes. Pasamos momentos maravillosos en su compañía; su energía espiritual (*himmah*) dependía estrechamente de Allah y nos preservaba y protegía de las tentaciones y de los retrocesos. Por lo que a mí respecta, él mismo me dio testimonio de ello. Un día me dijo, en presencia de mi compañero 'Abdallâh Badr al-Habasshî: “Tenía mucho miedo por ti debido a tu joven edad, a tu falta de madurez, a la corrupción del momento y al relajamiento general que he observado en los hermanos del Camino. Es su comportamiento lo que me ha impulsado a vivir recluso, pero Allah sea loado, ya que me ha consolado contigo” [5].

Un día en que fui a visitarlo, me dijo: “Ocupate de tu alma, hijo mío”. Le contesté que cuando había visto a mi shaykh Ahmad [6], me había dicho que me ocupara de Allah; así que le pregunté a quién debía escuchar. El me respondió: “Yo estoy con mi alma y Ahmad está con su Señor. Cada uno de nosotros te guía en función de su propio estado espiritual [7]. Que Allah bendiga a Ibn 'Abbâs y me haga reunirme con él!”.

He aquí lo que constaté de lo que contenía como calidad (*itticâf*). Tenía conmigo un comportamiento abierto, pero eso no hacía sino acrecentar mi temor y mi veneración (*ta'zhîm*) y se maravillaba de mi compostura junto a él durante sus momentos de gran apertura (*bast*). Luego volvía a la puerta de la Servidumbre (*al-'ubûdiy yah*), y entonces yo era muy abierto con él. La razón de ello tiene que ver con un secreto sorprendente que, si Allah quiere, comprenderás, amigo mío, si te paras a pensar [8].

Ad-Durrat al-fâkhitah [9]

Este compañero de Ibn al-Mujâhid [10] era el que en la mezquita de Rida, en Sevilla. Había compuesto una pequeña antología de poemas sobre ascetismo que me leía con frecuencia. Sólo abandonaba su mezquita para asistir a el salat del viernes [11], hasta que su estado de salud le impidió desplazarse.

Un día fui a verle y le encontré con el imán khatîb Abû al-Qâsim b. Ghafir [12], un muhaddith [13] que negaba los poderes milagrosos de los grandes sufíes. Al llegar, oí al shaykh refutar una cosa que había dicho. El hombre nos reprochaba dos cosas ilícitas que nosotros no habíamos cometido y que no podíamos imaginar que ninguno de nuestros hermanos pudiera haber hecho. Pedí al shaykh, con quien mantenía humildes relaciones, que me dejara dirigir la charla. Entonces me dirigí a ese Abû al-Qâsim: “Eres un muhaddith, ¿Verdad?”. A lo que él respondió que sí. Continué: “Como el Enviado de Allah que Allah le conceda Su gracia y Su paz! sabía que su comunidad contaría con gentes de tu especie, negó la posibilidad de los poderes milagrosos en el caso de aquellos que obedecen simplemente los mandatos divinos. Con todo, dijo una o dos cosas que podrían hacerte reflexionar”. Entonces preguntó qué podía ser. Y respondí: “¿No se ha relatado que el Enviado de Allah dijo: “Muy a menudo, un hombre descabellado y vestido con harapos, rechazado en todas las puertas, si adjurara a Allah, Este lo atendería [14]?””. ¿No ha dicho también: “Cierta entre los adoradores de Allah hay algunos a los que le basta con suplicar a Allah para que El los escuche [15]?”. También dijo: “... y entre ellos están los complacidos” ¿Aceptas estas palabras?”. Cuando las hubo admitido, le dije: “Alabado sea Allah que no ha limitado al Profeta a un solo tipo de milagros, sino que le ofreció la posibilidad de hacer un juramento Allah respecto al desplazamiento por el aire o por el agua, al recorrido rápido de grandes distancias, a la subsistencia sin alimentos, a la percepción de lo que está en las almas y a otras cosas que se cuentan respecto a los sabios sufíes, Allah se lo concederá”. Al oír eso, Abû al-Qâsim se llenó de confusión y guardó silencio. El shaykh me dijo: “Que Allah te recompense con favores procedentes de Sus sabios!”.

Un día, al entrar en su casa, estaba recitando este verso:

La piel de canela y la estera rugosa se encuentran con frecuencia en una casa como la mía.

Este verso había sido compuesto por el motivo siguiente: Allah había concedido algún bien de este mundo a Abû al-'Abbâs ahmad b. Mutrif al-Qanjabarî, hombre piadoso totalmente entregado a Allah en la búsqueda espiritual y en la vida errante. Vino a ver a nuestro shaykh y le ofreció lo que había recibido, pero el shaykh rechazó su ofrecimiento y compuso el poema cuyo primer verso hemos Citado [16].

Nunca pedía hospitalidad a nadie y jamás aceptaba comida. Cuando un indigente venía a él, encomendaba su caso a Allah, lo cual siempre proporcionaba algún alivio a la persona. Nunca mencionaba sus necesidades o las de quien fuera, por pudor hacia Allah. Cuando un hombre estaba necesitado, vendía un libro de su importante biblioteca para alimentar al desafortunado con el precio de la venta. En una visita, me percaté de que el número de sus libros había disminuido considerablemente: al comentárselo, me respondió: “No son más que los viejos restos en el desecho de mi vida”. Después de venderlos todos, murió; que Alâlah sea misericordioso con él!. Murió en Sevilla mientras yo estaba en Oriente [17].

[1] Futûhât, II, pág. 6, 81, 177. Es frecuentemente citado por su amigo al- Balawî, Kitâb Alif Bâ' (1286).

[2] Este verso hace referencia a Moisés; cf. El Corán, VII, 143 y XX, 9 Ss.

[3] El siervo ('abd) nunca puede saber toda la voluntad de su Señor (rabb) respecto a él.

[4] El qabd, estado de estrechamiento o de "contracción", se opone normalmente al bast, que es un estado de expansión o de "dilatación". Cf. El Corán, II, 246. Retomando las explicaciones de Junayd, Hujwîrî, Qushayrî e Ibn 'Abbâd Ibn 'Ajîbah escribe: "Uno y otro son estados que suceden, respectivamente a los estados de temor (khawf) y de esperanza (rajâ') cuando éstos son superados. En el gnóstico, la "constricción" (qabd) proviene del temor propio del novicio, y, en él, la "expansión" (bast) proviene de la esperanza propia del aspirante". (J.L. Michon, Le Soufi marocain Ibn 'Ajîbah et son Mi'râj, 1973, pág. 219). Por otra parte, Ibn 'Arabi aborda este tema en la primera parte del Rûh ai-quds, pág. 46, en la edición realizada en Damasco en 1970. El qabd se considera generalmente superior al bast, pues el alma está dominada por él en una servidumbre más completa. Ver los hikan de Ibn 'Ata' Allâh 75-77.

[5] He omitido aquí algunos versos.

[6] Ese shaykh es al-'Uryanî.

[7] Estos dos consejos se reúnen finalmente en el célebre hadith: "Quien conoce su alma, conoce a su Señor".

[8] Sin descubrir un secreto confiado a un hombre como al Mahdawî, que fue el Polo de su tiempo, podemos hacer, sin embargo, la siguiente observación, relacionada con la "calificación por los caracteres divinos" (itticâf bi-l-akhlâq al-ilâhiyyah) o la "caracterización por los Nombres Divinos" (at-takkalluq bi-l-Asmâ. El estado de qabad, que era habitual en este shaykh, corresponde al comportamiento verdadero del siervo ('abd). No obstante, como precisa el texto, si "regresar a la puerta de la Servidumbre" (al-'ubû-dîyyah), podríamos deducir de ello que la "calidad que contenía" a veces no era más que un atributo de Señoría (arrubûbiy yah) mientras que la "expansión" (bast) es un estado de carácter señorial. Entonces se comprenderá bien que esa "toma de adorno" (tahalli) que Ibn 'Arabi era capaz de percibir, povocara en él un temor y una veneración extremas. También habría que resaltar la actitud complementaria de ese discípulo tan particular respecto a su propio shaykh.

[9] Esad Ef. 1777, f. 108 b.

[10] Cf., infra, pág. 169.

[11] El "salat del viernes" (salâr al-jum'ah), de carácter obligatorio para los hombres, es un salat realizado en común en la mezquita, al principio de la tarde y sustituye a al salat del zhuhur. Está precedida por un diacurso (khutbah) realizado en el púlpito por el imâm khatîb, quien dirigirá el salat a continuación.

[12] Cf. Futûhâtât, II, pág. 6.

[13] El estudioso del haddith (muhaddith) es un sabio que estudia y transmite las tradiciones (ahâddith) del Profeta. Por una molesta analogía con el caso de los juristas, numerosos tradicionistas habían constituido igualmente un "tipo" caricaturesco con mentalidad casuística y apetitos mundanos, lo cual les cerraba a las realidades puramente espirituales y les llevaba a atacar a los representantes del sufismo. Podemos hacernos una idea de ello leyendo las duras críticas formuladas por Ibn 'Abbâd, cf. P. Nqyia, Ibn 'Abbâd de Ronda, Beirut, 1961, pág. 130-150. Los reproches de Ghazzâlî son también muy virulentos. Cf. infra, pág. 84.

[14] Muslim., k. al-Birr, b. 40.

[15] Bukhârî ac-Culh, b. 8 y Muslim, k. al-Qasâmah, b. 5.

[16] La corteza de canela se utiliza tradicionalmente para perfumar el Sudario y la estera para el salat. El verso podría ser pues un recuerdo de la muerte, que incita a las obras de adoración y aleja de los bienes de este mundo. Al mismo tiempo, la corteza de canela es algo refinado, la estera es algo común; el verso implicaría, pues, por añadidura, que el shaykh, al Poseer tanto lo común como lo refinado, no tendría necesidad de nada.

[17] O sea, algún tiempo después del 598/1202. Seguía vivo en el 603/1206 según al-Balawi, K. Alif Bâ'.

ABÛ 'ABDALLÂH MUHAMMAD B. JUMHÛR

Este hombre, contemporáneo de Abû 'Alî ash-Shak kâz[1] y de Abû 'Abdallâh al-Khayyât, de quien acabo de hablar, era muy dado a las prácticas de devoción. Había estudiado el Corán y la lengua árabe, pero no la poesía. Abû al-Hasan al-'Uthmânîme contó que un día, cuando era joven, leía el Corán a su shaykh cuando el sonido de un tamboril empezó a escucharse. El shaykh se puso entonces los dedos en sus oídos y se sentó en silencio. Después de un rato, preguntó si el ruido había cesado. Al responderle que no, se levantó, tapándose los oídos y se retiró a su casa, pidiendo a Abû al-Hasan que le siguiera para que prosiguiera su lectura. Siempre que oía la voz de un mendigo en una mezquita o de alguien que recitaba el Corán con la misma finalidad, se tapaba los oídos.

Hasta su muerte, fue de esos que se inclinan y se prosternan[2]. Fuerte de corazón, pero débil de cuerpo, con la tez pálida, se mostraba muy duro con su alma. Cuando le decían que fuera más benévolo con ella, él respondía que para (merecer) la benevolencia (de Allah) (rifq) era preciso hacer esfuerzos. Durante la noche, permanecía de pie y recitaba pasajes del Corán hasta que se caía de cansancio. Sólo entonces se tumbaba para dormir y decía al acostarse: "Oh, mejilla mía, aunque ahora te apoyas tan blandamente, después de la muerte te apoyarás sobre la piedra dura".

Entonces se levantaba de un salto, como mordido por una serpiente y permanecía sobre su tapiz del salat (acto de prostración que realiza el musulmán) hasta el amanecer.

Murió en la época en que tenía como maestro a Abû Ya'qûb al-Kûmî[3]. Cuando le bajaron a su tumba, vi algo sorprendente: Allah había puesto una gran piedra en la fosa. Al percatarse alguien de ello, el que bajó el cuerpo tomó la piedra y la colocó bajo su mejilla. De ese modo Allah había confirmado lo que él se decía a sí mismo al acostarse.

Huía del mundo, le gustaba el recogimiento (khal qah)[4] y la vida solitaria en el escrupulo piadoso (wara')[5] y en el desapego (zuhd)[6]. Era un Cognoscente por Allah ('Arif hi-llâh) que se mantenía junto a El; ponía mucho empeño en sus actividades espirituales y buscaba la Entrega. A a las Gentes de Allah y a las Gentes del Corán.

Allah se lo llevó de este mundo cuando todavía era joven, en la flor de la vida y en la cima de su esfuerzo. A veces decía a su alma: "No habrá cese para mi trabajo ni para el tuyo hasta que me muera". Nadie le superaba en prácticas de devoción.

Ad-Durrat al-fâkhjrah[7]

Había crecido desde su infancia en la adoración a Allah. Estaba instruido en jurisprudencia, en la recitación del Corán y en la lengua árabe. Siempre que se marchaba de viaje con otros, insistía en ser el jefe y en que todos le obedecieran, cosa que ellos siempre aceptaban. Su única intención era cargar con sus pesos y aliviarlos.

[1] Cf. infra, pág. 83.

[2] El Corán, IX, 112.

[3] Cf. supra, pág. 22.

[4] Cf. supra, n. 38.

[5] El wara designa una actitud escrupulosa ante todo lo indigno y lleva a abstenerse de una cosa cuya licitud no se puede probar de acuerdo con este hadith: "Deja lo que te parece dudoso y vete hacia aquello de lo que no dudas". Estas palabras, de manera muy natural, comportan un detalle de temor y de abstinencia. Podemos ver numerosos ejemplos de wara' en la vida de los walîs (los íntimos de Allah), por ejemplo en los Manâqib de Abû Ishâq al-Jabanyâni y de Muhriz b. Khalaf, 1959. El sentido superior del

escrúpulo es, según Ibn 'Ajibah el rechazo de apegarse a lo que no es Allah, el hecho de cerrar la puerta al deseo de lo que no es El de concentrar en El toda preocupación y de no apoyarse más que en El' (J.L. Michon, Le Soufi marocain... op. cit. pág. 186).

[6] *El zahd es la consecuencia del wara'. Traducido frecuentemente como "ascesis", significa más bien "desprendimiento" ante los bienes de este mundo, se posean o no. Es, según Ibn 'Ajibah, "el vacío del corazón que no conoce otro apego que frente a Allah, o la frialdad del corazón y la aversión del alma por el mundo". (ibid. pág. 187).*

[7] *Esad 1777, f. 89 a.*

ABU 'ALI HASAN ASH-SHAKKAZ

Estuvo con nosotros en Sevilla y murió en esta ciudad; fue uno de esos que sirvieron fielmente a nuestro shaykh al-'Adawi hasta su muerte.

Era un hombre propenso a los llantos y las lágrimas raras veces estaban ausentes de sus ojos. Con frecuencia hacía compañía a mi tío paterno, que formaba parte de la élite de las Gentes de Alláh.

Una noche que estaba en su casa, desenrolló una estera nueva y, al realizar el salat, las lágrimas corrieron por encima de ella. Al día siguiente, quitó la estera, y vi que el lugar donde habían caído las lágrimas se había deteriorado y ablandado. Le visité desde mi ingreso en el Camino hasta su muerte.

Estaba muy apegado al estado de matrimonio y no habría podido prescindir de él. Nuestro shaykh ash-Shubarbuli había querido casarle con una de sus sobrinas y Umm az-Zahdi' vino un día a vede y le informó de ese proyecto. Era un sábado. Cuando oyó aquella noticia, inclinó un momento la cabeza hacia el suelo, como si se estuviera entreteniendo con alguien. Luego levantó la cabeza y dijo: "De todos los hombres, me gustaría mucho establecer lazos de parentesco con él, pero ya estoy casado y, dentro de cinco días, presentaré a mi esposa".

Cuando ella le preguntó con qué chica se había casado, él respondió: "Ese día se sabrá!". De vuelta a casa, permaneció en cama cinco días y murió. Que Alláh tenga misericordia de él!

Se alimentaba de plantas amargas y te hacía comer como si se tratara de golosinas. Poseía numerosas gracias espirituales y saqué gran provecho de su compañía. Se adecuaba al comportamiento propugnado en los Cuarenta Hadiths relacionados por Suhayli. Este hombre valiente vivía del trabajo de sus manos. Después de su muerte, su hermano le habló en una visión y le preguntó cómo le había tratado Alláh. A lo que él contestó: "Cada día, me da trabajo para ocho días".

Ayunaba continuamente y seguía la práctica del ayuno ininterrumpido. Rezaba mucho y evitaba la compañía de los hombres, salvo la de sus allegados. Estaba dotado de un gran sentido del humor, pero siempre decía la verdad; aunque le agradaban las bromas dichas de buena fe, detestaba la mentira y no aguantaba a los mentirosos.

Un día se dirigió al barrio de los Bani Calih para humedecer unas pieles en el río y ponerlas al sol. Mientras estaba ocupado en este quehacer, una mujer de Sevilla pasó cerca de él. Las gentes de Sevilla y sus mujeres son muy amables y graciosas. Esta mujer llamó a su compañera y le propuso gastar una broma a aquel hombre, ya que era curtidor. (Es preciso saber que, entre nosotros, la palabra shakkaiz se aplica al que blanquea y flexibiliza las pieles y que las personas de este país hacen de esta palabra un apodo para los hombres que no se preocupan por las mujeres, dicho de otra forma, los hombres cuyo miembro está tan blando como las pieles que trabajan). La mujer se acercó y se mantuvo cerca de él, pero él invocaba a Alláh y no se cansaba de su dhikr. "Que la paz sea contigo, hermano!", le dijo ella. Le devolvió el saludo y volvió a su invocación. Entonces ella le preguntó cuál era su oficio. El le dijo que le dejara en

paz, pues sabía muy bien adónde quería ir a parar. "No te me escaparás tan fácilmente", le respondió ella. El sonrió y le dijo: "Soy un hombre que moja lo que está seco, que ablanda lo que está tieso y que arranca los pelos" (evitando así emplear la palabra shakkaz. Ante esta salida, ella se echó a reír y dijo: "Queríamos atraparle, pero es él el que nos ha tomado el pelo!".

Era un hombre de gran influencia, con el corazón puro, que nunca había guardado rencor a nadie. Desconocía el comportamiento de la gente para con él y no podía imaginar que pudieran desobedecer a Alláh.

Abfi Muharnrnad 'Abdallah b. Muharnmad b. al-' Arabi at- Ta'i

Este shaykh que era mi tío paterno, entró en el Camino tarde en su vida, por conducto de un chiquillo. No sabía nada del Camino y ya tenía ochenta años cuando lo conoció. Perseveró en la lucha interior (al-mujahadah) y en el recogimiento a lo largo de las costas hasta que obtuvo la excelencia. Recitaba a diario la totalidad del Corán y dedicaba la mitad de su lectura al chico que había contribuido a su entrada en el Camino.

Sentado en su casa, decía a menudo: "Aquí está la aurora". Una vez le pregunté que cómo lo sabía, puesto que estaba en su casa. El me respondió: "Hijo mío, Allah, desde Su Trono, envía un viento que sopla en el Paraíso y que, al alba, desciende del Paraíso, de forma que todo creyente verdadero lo respira todos los días".

Mi tío padecía una gran hernia que le colgaba como un cojín. Tenía un mal hijo que le daba muchos problemas. Le maldijo y luego cayó enfermo. Entonces le pidió a Allah que le hiciera morir, después de lo cual podría seguirle. Su hijo murió y, cuando lo enterraron, dijo: "Alabado sea Allah! Sobreviviré a mi hijo cuarenta y cuatro días, luego le seguiré!". Y efectivamente, vivió el tiempo que había dicho y después murió.

La noche de su muerte, nos quedamos sentados junto a él después del salat ('ishá'). Estaba tendido, en reposo, con la cara vuelta hacia La Meca; su hernia se había hinchado considerablemente. "Tranquilizaos, nos dijo, podéis ir a dormir". Nos fuimos a dormir. Me levanté antes del alba y ví que había entregado su alma Que Allah se apiade de él!. Nadie le había visto morir. Cuando buscamos su hernia, no encontramos nada. Se pensó que su hernia puede que no hubiera sido más que una hinchazón debida a los gases, en cuyo caso podríamos haber visto la piel estirada todavía; pero no fue así, su piel estaba normal. Me maravillé de que Allah hubiera ocultado de esa forma (su imperfección) y hubiera hecho aparecer (su santidad); Durante su vida, nos había contado muchas cosas sorprendentes.

Habían transcurrido tres años entre su entrada en la Vía y el día de su muerte, que aconteció antes de mi ingreso en esta Senda.

Abu Muhammad 'Abdanah al-Mawruri

Siguió las enseñanzas de Abu Madyan, quien le llamaba el "peregrino piadoso". Había realizado la peregrinación con 'Abd ar-Razzaq y, en La Meca, había estado en compañía de Abu 'Abdallah b. Hasan. Este le había propuesto a su hija en matrimonio como signo de afecto, pero Abu Muhammad se había negado, pues temía

no poder cumplir con todas sus obligaciones hacia ella.

Abu Madyan quería mucho a este hombre Y un día le dijo: "Estoy cansado de llamar a la gente hacia Allah sin que ni uno solo responda a mi llamada. Quiero elegirte para mí mismo; sígueme a alguna cueva de la montaña para que me acompañes hasta mi muerte". Tras pronunciar estas palabras, Abu Muhammad añadió: "Al oír eso, me alegré, pues supe que tenía un sitio junto a Allah. Aquella misma noche, vi en sueños que, cuando predicaba al pueblo, el shaykh Abfu Madyan se parecía al sol y que, cuando estaba en silencio, se parecía a la luna. Por la mañana temprano, mientras le contaba mi sueño, sonrió y dijo: "Alabado sea Allah, hijo mío, pues me gustaría mucho ser como el sol que expulsa a las tinieblas y alivia todas las penas".

Este ' Abdallah tenía una gran energía espiritual (himmah) y una sinceridad (cidq) sorprendente. Un día que partía de la casa de Abu Madyan en Bougie para dirigirse a España para ver a su madre, el shaykh le pidió que transmitiera su saludo a un tal Abu 'Abdallah, un shaykh de edad conocido con el nombre de al-Gazzal (el Hilandero), que vivía en Almería. Este hombre, contemporáneo de Abu Madyan, de Abil ar-Rabí' al-Kafif de Egipto, de 'Abd ar-Rahim de Qana y de Abu an-Naja de Jazirat adh- Dhahab, había sido compañero de Ibn al-Arif.

Cuando nuestro shaykh llegó a Almería, se puso a buscar al shaykh Abu 'Abdallah. Al llegar a su casa, encontró a los discípulos sentados a la puerta, Les pidió que informaran al shaykh de su llegada. Ellos se limitaron a responderle que a aquella hora su shaykh dormía y no hicieron nada para acogerlo. Le disgustó que fueran insensibles hasta el punto de no recibirlo y dijo: "Si he venido para asuntos de Allah, Allah le despertará inmediatamente", Al instante, la puerta se abrió y apareció el shaykh, frotándose los ojos de sueño

dijo: "¿Dónde está el visitante?". Entonces le saludó y honró su llegada.

El estado espiritual de Abu Muhammad era normalmente el estado de "expansión" (bast), mientras los discípulos del shaykh Abu 'Abdallah eran las personas de la "contracción" (qabd). Así que, cuando les estaba despidiendo, los compañeros del shaykh le dijeron: "Oh, Abu Muhammad, ojalá la "expansión" en la que te encuentras pudiera contraerse!". El les preguntó qué entendían por "expansión" y ellos contestaron: "Una misericordia" (rahmah). "¿Qué es la 'contracción'?", preguntó. "Un castigo" ('adhab). Entonces dijo: "Oh, Allah mío, (allahumma), no me hagas pasar de Tu Misericordia a Tu Castigo!". Ante estas palabras, se avergonzaron y los dejó.

Al llegar a Granada, se alojó en casa del shaykh Abu Marwan, a quien había conocido cuando estuvieron los dos en casa de Abu Madyan. Abu Marwan había sido testigo de una curación producida por los compañeros de Abu Madyan en uno de los suyos. El había referido este hecho a sus compañeros de Granada. Así, cuando Abu Muhammad llegó, la gente se reunió en la casa para verlo y se le preparó una mesa y le dieron requesón y miel.

Sin embargo, aquella mañana, el hijo del dueño de la casa se había marchado temprano hacia un pueblo lejano y la asamblea lamentaba que no estuviera allí para compartir la comida. Después de que todo el mundo hubiera comido hasta hartarse,

Abu Muhammad dijo: "Si queréis, yo comeré aquí y él, desde allí, se saciará con esta comida". Al oír aquello, dudaron; entonces Abu Marwan le dijo: "Por Allah, oh Abu Muhammad, hazlo!". Entonces, después de haber dicho "En nombre de Allah" (bismillah) se puso a tomar la comida como si no hubiera comido todavía, después se detuvo y dijo: "Ya está saciado, y si le diera más, moriría". La gente estaba estupefacta y decidieron no abandonar la casa hasta el regreso de aquel para quien había comido.

Regresó tarde por la noche y, después de saludarlo, la gente se percató de que todavía tenía las provisiones que se había llevado por la mañana. El les comentó: "Hermanos, hoy me ha sucedido algo sorprendente. Cuando llegué al pueblo, me senté y de pronto sentí que requesón y miel bajaban por mi garganta y llenaban mi estómago; me sacié hasta el punto de que si hubiera comido más, eso me habría matado. Todavía estoy lleno y aún eructo". La gente estaba maravillada y dichosa de haber visto al hombre relatar la cosa tal y como había ocurrido.

El mismo me contó esta historia cuando estábamos en casa de 'Abdallah ash-Shakkaz al-Baghi con mi compañero 'Abdallah Badr al-Habashi y un grupo de gente. Al-Habashi dijo con pesar: "En cuanto a mí, nunca he conocido a un hombre como 'Abdallah alMawruf. .

Una noche, Allah me hizo ver las estaciones (maqamar) en un sueño y me hizo atravesarlas hasta llegar a la estación del perfecto abandono a la Voluntad Divina (Maqám at-tawakkul). Entonces vi a nuestro shaykh alMawruf que, inmóvil, ocupaba el centro, mientras que la estación giraba en torno a él, como la rueda alrededor del cubo. Más tarde le escribí esta visión. He obtenido mucho provecho de su compañía. Tenía una joven esposa enormemente bella, que tenía todavía más gracia y más fuerza que él.

Un día se encontraba en casa de Shamas Umm alfuqara', en Marchena. Era miércoles. La vieja mujer le dijo: "Me gustaría que Abu al'Hasan b. Qaytun viniera a vernos mañana; Escríbele para que venga!". En aquella época, Abu al-Rasan estaba en Carmona, a siete parasangas de allí, donde enseñaba el Corán a los niños. Entonces Al-Mawruf dijo a Shams: "Es la manera de actuar de la gente corriente". "¿Qué harás entonces?", preguntó ella. "Le haré venir con mi himmah". "Hazlo", dijo ella. Entonces dirigió los pensamientos de Abu al-Rasan hacia la idea de visitarlos al día siguiente, añadiendo "si Allah quiere" (in sha' Allah). Al día siguiente por la mañana, ella le dijo: "Ves, no ha venido". El respondió: "Se me había olvidado, pero voy a hacerle venir de inmediato". Dirigió de nuevo su himmah hacia él. Poco antes del mediodía, ante el asombro de todos, el hombre llegó a pesar del olvido de al-Mawruf.

Nuestro shaykh dijo entonces a la gente que le preguntaran a aquel hombre qué había sido lo que había retrasado su llegada, cómo se le había ocurrido la idea de dirigirse allí y a qué hora lo había decidido. Abu al-Rasan les respondió lo siguiente: "Ayer, al final de la sobremesa, oí dentro de mí una voz que me decía que fuera a visitar al día siguiente a la vieja mujer de Marchena. Entonces les dije a mis alumnos que no vinieran ese día. Al día siguiente, ya no tenía esa intención". (O sea, cuando el shaykh se olvidó). La gente le apremiaba para que continuara su relato. Y continuó: "Me dirigí a la escuela; mis alumnos me habían seguido y habían cogido sus arcillas. Entonces sentí que mi corazón se oprimió violentamente mientras que la voz me ordenaba que saliera inmediatamente hacia Marchena para visitar a la vieja señora. Después de enviar a mis alumnos a sus casas, me puse en camino. Eso es lo que ha motivado mi retraso". Ellos le dijeron que su relato coincidía perfectamente con lo que había ocurrido en Marchena; cuando le explicaron el asunto, se sorprendió mucho.

A raíz de aquello, sintió mucha admiración por al-Mawruri y sólo hablaba de él. Se dirigió a Almería para ver a Abu 'Abdalláj al-Ghazzál, el compañero de Ibn al-'Arif, contemporáneo de Abu ar-Rabi al-Kafif, de Abu an-Najá y de 'Abd ar-Rahim. El le vió y obtuvo gran provecho, después volvió a Carmona. Posteriormente, continuó sirviendo a los fuqara' , ofreciéndoles hospitalidad y manifestándoles mucha humildad; y eso es algo que encontré en su casa. .

No obstante, volví a ver a ese hombre cuando vino a Sevilla y se puso a frecuentar a los juristas (al-fuqaha). Con ellos estudió el derecho (fiqh) y sus fundamentos, así como el kalam. Había venido a establecerse en Sevilla para enseñar el Corán, pero se dedicó al estudio de las cosas de este mundo, influido por esas personas que le incitaron a acusar de ignorancia y a hablar mal de los estados espirituales de los fuqara' sinceros.

Que Allah te guarde, hermano, de los malos pensamientos si piensas que estoy censurando a los juristas como tales o por su trabajo de jurisprudencia, pues tal actitud no le está permitida a un Musulmán y la nobleza del fiqh no puede ponerse en duda. Con todo, sí censuro a esa clase de juristas que, ávidos de bienes mundanos, estudian fiqh por vanidad, para que se fijen en ellos y se hable de ellos y que se complacen en las argucias y en las controversias inútiles. Esas son personas que atacan a los hombres del Más Alla, a quienes temen a Allah y reciben una ciencia de El (min ladunhu.. Estos juristas pretenden rechazar una ciencia, que no conocen y cuyos fundamentos ignoran. Si pidiéramos a uno de ellos que explicara los términos empleados por los sabios de las cosas de este Otro Mundo que ellos no conocen, pronto mostrarían su ignorancia. Ojalá prestaran atención a estas palabras de Allah: "Vosotros sois los que discutís sobre una cosa cuya ciencia tenéis. ¿Por qué discutís entonces sobre una cosa de la que no sabéis nada? ellos verían ahí una instrucción y se arrepentirían.

El propio Profeta que Allah le conceda Su gracia y Su Paz criticó a los sabios que buscan la ciencia para algo distinto a Allah o que la utilizan con un objetivo que a El le disgusta. Está claro que no les criticaba porque fueran sabios, puesto que alabó, por otro lado, a aquellos que buscan la ciencia en el temor a Allah.

De la misma forma, yo he censurado a algunos "Sufíes"; no a los sinceros, sino a aquellos que aparentan a los ojos de los hombres una santidad que contradice su naturaleza interior. Por eso dijo El: "Entre los hombres, está aquel cuyas palabras sobre la vida de: este mundo te complacen; toma a Allah por testigo de lo que tiene en el corazón". No desapruero el conjunto de juristas, pues el Profeta dijo:

"Aquel a quien Allah desea el bien, le da la inteligencia del: la Din" (yufaqqih-hu fi-d-din)". Sin embargo, los juristas de quien hablo están dominados por sus deseos egoístas y pasionales; están bajo la influencia de Satanás. Como no buscan más que dañar a los walis de Allah (awliya), su testimonio les hará perecer, como veremos más adelante en el libro y como sabemos por el Profeta que Allah le conceda Su gracia y Su paz.

Por lo que se refiere a los sabios que se comportan con equidad y que cuentan con una sólida instrucción en islam, son las autoridades guiadas por Allah y ellos mismos son guías luminosos, modelos de piedad; son herederos del Enviado de Allah en lo relativo a la ciencia, a la obras, a la pureza de intención y de carácter que les vale el apelativo de piadosos. Así pues, cuando en esta obra me oigas censurar a los juristas, comprende que ataco a los que siguen sus deseos pasionales y se dejan dirigir por el alma que incita al mal (annafs al-amárah bis-sú'). Y, de igual modo, cuando censuro a algunos "Sufíes", me dirijo a esos de los que he hablado antes, pues los encarnacionistas (al- hulúliyyah) y los libertinos (al-ibahiyah), que pretenden seguir el Camino, son en realidad secuaces de shaitan y promotores de perdición; Que Allah aclare nuestra vista interior (bacirah) y la suya, que El armonice nuestro secreto íntimo (sirr) y el suyo; y que El haga callar sus críticas; tal vez se den cuenta entonces de sus errores!.

Volvamos ahora a ese Abu al-Rasan al que nuestro maestro al-Mawruri había mostrado un ejemplo de su carisma. Este, al que yo acompañaba con al-Rabashi, había querido encontrarlo en su casa. Cuando llamó a la puerta, Abu al-Rasan preguntó desde dentro quién era. Nuestro shaykh se dió a conocer y le dijo que había venido a visitarlo. El otro se quedó en silencio durante un momento. Después envió a su hijo para que dijera que estaba ocupado. A continuación fingió no saber quién era el shaykh pues, habiendo sufrido la mala influencia de los juristas, ahora odiaba a los fuqara. ¡Que Allah nos proteja de cualquiera que desee separarnos de El, de Sus Gentes o de Su Elite!.

Siempre que Abil al-Hasan me encontraba, me reprochaba que frecuentara a los fuqara. "¿Cómo alguien como tú, me dijo una vez, puede relacionarse con esa gente?". Yo le respondí: "Alguien como yo no es ni siquiera digno de servirlos, pues son los verdaderos guías de los hombres". Buscaba mi compañía para que le ayudara en sus estudios y no porque estuviera en la Senda de los Iniciados y porque me gustaran. Finalmente, le dejé en manos de Allah y dejé de relacionarme con él. Hoy está de acuerdo con la opinión de los juristas y piensa que la al-wiláyah es una cosa imaginaria que nadie posee.

Cada vez que oigo hablar a un jurista de los actos prodigiosos de los walis (íntimos de Allah), le pregunto con detalle sobre la cuestión y a continuación le hago constatar esos hechos en esta persona o en aquella. Entonces dice: "¿Quién sería lo bastante insensato para creerlo sincero? Si lo fuera, no habrías hecho esa demostración. Todo eso no es sino una mixtificación". Es evidente que un hombre así no puede pensar bien de nadie. Nunca he dejado de defender los derechos de los fuqara' ante semejantes juristas y siempre he intentado defenderlos ante ellos. Me enseñaron a hacerlo, pues cualquiera que se pone a criticar a los walis (íntimos de Allah), en general o en particular y cualquiera que, sin haber

compartido su compañía, ataca al que los frecuenta, demuestra con ello su ignorancia y nunca obtendrá la salvación.

Un juez (qadi) llamado 'Abd al-Wahhab al-yazdi, jurista de Alejandría, entabló una vez conversación conmigo en el Santuario de La Meca. Shaitan le había instigado la idea de que la época carecía totalmente de hombres que hubieran alcanzado grados espirituales y que todas las pretensiones de este tipo no eran más que una sarta de mentiras y de supersticiones. Le pregunté cuál era el número de países pertenecientes a los Musulmanes. El me dijo: "muchos". Entonces le pregunté cuántos países de esos había visitado. "Seis o siete", me dijo. "¿y cuántos habitantes tienen?". "Muchos". "De ellos, ¿Cuáles son los más numerosos, los que has visto o los que no has visto?". "Los que no he visto". Entonces sonreí y le dije:

"Qué tonto y estúpido es el que piensa que ha visto muchos países cuando en realidad ha visto pocos y juzga el conjunto por la parte y después da a esa opinión un estatuto de juicio categórico! Todo creyente sincero admitirá que, entre todos los que no ha visto, e incluso entre la poca gente que ha visto, puede haber un bienaventurado. ¿Cómo se puede dudar, entonces, de la ignorancia del que admite no haber visto más que unos pocos países y menos personas todavía y sostiene, sin embargo, tal opinión? Allah hace que semejante ser encarne los defectos de este mundo e ignore los méritos que contiene, de forma que, juzgando lo que no ha visto por lo poco que ha visto, es rechazado por ello en casa de Allah. Remitámonos a lo que dijo Allah: "Si sigues al mayor número de los que están sobre la tierra, te apartarán del camino de Allah", Y son muchos. También ha dicho: "...con excepción del pequeño número de los que creen y hacen buenas obras", y son pocos".

Este juez continuó asombrándonos, pues le oí decir una cosa que demolía su propia posición intelectual. Dijo: "Los hombres son de dos clases: inteligentes (**dhaki**) o sin inteligencia. Es inútil hablarles a éstos dada su deficiencia; en cuanto a los hombres inteligentes, no están exentos de error, así que nada es seguro". Considera que ese hombre, en su miseria, no presta atención más que a los defectos y a las faltas y se niega a ver las condiciones favorables. ¿Por qué no dice, al hacer el reparto, que el hombre sin inteligencia, debido a su carencia, se dirige al hombre inteligente para recibir de él la ciencia que espera que Allah le entregue y le enseñe? Por otra parte, el hombre inteligente es, generalmente, precavido en sus juicios y, dada su inteligencia, no se satisface más que con pruebas evidentes. Si, después de haber utilizado su inteligencia en una cuestión, todavía está equivocado, puede ser perdonado, o incluso puede salir de su error. En cuanto a la contradicción de ese jurista (quien, como tal, debería conocer este tema), bastará con citar estas palabras del Profeta respecto al juez (al-hákim): "Si ejerce su propio juicio y da una solución justa, tendrá doble recompensa; si se equivoca, tendrá una sola recompensa". De este modo, todo mujtahid obtiene algo, puesto que, en los dos casos, se le recompensa y no se le censura. Este jurista era extremadamente ignorante. Alabado sea Allah, Soberano de los mundos!.

Unico en su tiempo por su perfecta confianza en Allah y por su gran sinceridad, fue compañero de Abú Madyan, de Ibn Say dabún, de 'Abd ar-Razzáq al-Mughawir y de Abú 'Abdallah b. Hasan.

Me visitó durante cierto tiempo. Todavía vivía cuando abandoné este país.

Su hija, que no tenía un año, estaba tan influida por su estado espiritual que, cuando los hermanos se reunían para el dhikr, formando un gran círculo, ella saltaba de las rodillas de su madre y venía a ponerse de pie en medio del círculo. En aquellos momentos, el éxtasis la subyugaba. Incluso a una edad tan temprana, ella mostraba con su actitud que Allah había colocado en su corazón una luz que le comunicaba un conocimiento espiritual. Murió antes de haber sido destetada.

Una noche, estaba en su compañía en casa de Abú Muhammad al-Khayyat, de quien ya he hablado. También se encontraba allí un tal Muhammad al-Baskari, cuya pureza doctrinal sospechábamos. También estaban presentes aquella noche Admad al-Lawshi, Muhammad b. Abú al-Fadl, Ahmad al-Hariri b. al-'Accad e Ibn alMahabbah, que eran todos maestros del Camino. Estábamos sentados, vueltos hacia la qiblah y todo el mundo, con la cabeza entre sus rodillas, practicaba el dhikr o contemplación. De repente, una especie de sueño se apoderó de mí y me vi, con todos los que estaban presentes, en una sala tan sombría que "si alguien extiende su mano, apenas puede percibirla". De cada uno de nosotros emanaba un resplandor procedente de su propia esencia, que iluminaba la oscuridad inmediata a su alrededor. Sentados a la luz de nuestra esencia, entró una persona por la puerta de la oscura habitación y nos saludó diciendo: "Soy el enviado que os trae la verdad". Le preguntamos lo que tenía que decir respecto al hombre cuyas doctrinas sospechábamos. Y contestó: "El cree en la Unidad de Allah". Era realmente cierto, pero era más bien su fe la que nos parecía no estar muy segura. Así que le dije: "Oh, enviado, entrégnos el mensaje que traes contigo". Y manifestó: "Aprende que el bien está en la existencia (mujud) y el mal en la no existencia ('adam). Allah, en Su Generosidad, ha creado al hombre y ha hecho de él un ser único en Su creación. Ello ha creado según Sus Nombres y Sus Atributos, pero el hombre lo ha olvidado, considerando su propia esencia (individual), viéndose por sí mismo y el número

regresa a su origen. El es El y no tú". Al dejar esta visión, recuperé mis sentidos y les conté a mis compañeros lo que había visto. Ellos se alegraron, pero sin más. A continuación volvimos todos a nuestro estado anterior, y me esforcé en comprender el significado de lo que había visto. Compuse mentalmente algunos versos a este respecto. Al volver en sí, al-Mawruri me llamó, pero no respondí. Entonces exclamó: "Respóndeme, pues estás despierto y componiendo versos sobre la Unidad de Allah, Exaltado sea!". Levanté la cabeza y le pregunté: "¿Cómo lo sabes?". Y respondió: "Tu ojo está abierto y encierras en tí la red del cazador". "El ojeo, le dije, se parece a la ordenación de las palabras dispersas, lo cual es poesía; su venida a la existencia es la red del cazador. Sólo lo que está vivo (tiene espíritu) cae en la red; la palabra y la poesía no tienen vida, a no ser que vengan de Allah". En cuanto a su fe en la Unidad de Allah, yo sabía que era innata en él Que Allah esté satisfecho de él!
Un día que viajábamos con él, llegamos a un manantial, pero el agua estaba sucia y no era potable. Entonces pronunció el Nombre de Allah y nos ofreció de aquel agua, que nosotros encontramos buena y saludable. Yo mismo fui testigo de la "concentración de la tierra" efectuada por la influencia espiritual (barakah) de aquel hombre. Una vez vimos una alta montaña en la lejanía, a algunos días de camino, acercarse a nosotros de un solo paso y no habíamos dado más que un paso, cuando se encontró detrás de nosotros a la misma distancia que antes. El no estaba con nosotros aquel día.

Abu Muhammad 'Abdallah al-Baghi ash-Shakkaz

Dejó la ciudadela de Priego para venir a vivir a Granada, donde ha permanecido hasta ahora (599/1203).

Un día fui a verle con mi compañero 'Abdallah Badr al-Habashi. Cuando iba a visitar a un shaykh o a un hermano, solía dejarle todo el dinero que llevaba. Aquel día sólo llevaba un dirham y se lo dio.

Era un hombre lleno de celo (jidd), entregado al esfuerzo (ijtihad), casi siempre triste o con lágrimas. Odiaba la desobediencia como si fuera infidelidad y odiaba las faltas leves como si se tratara de errores y equivocaciones graves. Había efectuado la estación de la Preservación (maqam al- muhafazah) y era casi impecable (ma' cum). Como dice Ibn 'Uqqa' de su propio shaykh: "Siempre estaba con mi shaykh Harun y nunca le vi cometer un danb (error, equivocación) grave. Sin embargo, como dormía a veces la noche entera, tuve dudas sobre la constancia de su esfuerzo. Entonces una voz me dijo: "¿Suponen los que realizan malos actos que Nosotros les trataremos con igualdad, tanto en la vida como en la muerte, con respecto a los que creen y hacen buenas obras? ¿Qué equivocados es tan; Entonces fui a buscar a mi shaykh para preguntarle si había cometido alguna vez un danb (error equivocación) grave. Me respondió: 'Ni una falta leve intencionadamente'".

Se pasaba las noches haciendo el salat y ayunaba durante el día. Ningún aspirante podía estar en su compañía, pues le pedía los esfuerzos que él mismo se imponía, lo cual les hacía huir. Vivía totalmente solo, no poseía nada y era muy duro consigo mismo. Cuando le hicieron observar que los Compañeros del Profeta habían mostrado más clemencia hacia sí mismos, respondió: "Aunque no hubieran tenido en su activo más que la Compañía (cuhbah)1 ¿Cuándo podríamos alcanzar su rango?".

No conocía a nadie que pudiera comparársele, a no ser Abu Muslim al-Khawlaní (tio de Ibn Árabi). Su celo y sus esfuerzos eran tales que preparaba varillas para azotarse las piernas cuando estaban cansadas de mantenerse realizando la salat. Entonces decía, dirigiéndose a sus piernas: "Merecéis más los golpes que mi montura", y seguía golpeándolas hasta que todas las varillas estaban rotas. También decía: "Si los Compañeros de Muhammad que ¡Allah le conceda Su gracia y Su paz piensan que pueden conseguirlo ellos solos, por Allah!, les presionaremos en muchedumbre hasta el punto de apretujarlos sobre El, hasta que se den cuenta que han dejado detrás de sí a Hombres (rijál) dignos de ese nombre". Era de buena acogida, agradable de visitar y muy amable. Le gustaban mucho las alusiones (ishárát) y decía: "Observad bien estas cuatro categorías de hombres espirituales2: los "que han sido fieles al pacto que hablan hecho con Alá"(Corán XXXIII,23), los "que ni los negocios ni las ventas desvían del dihr de Allah"(Coán,XXIV, 37), los "que estarán sobre los A'raf"(Corán, VII, 47)3 y los "que vendrán hacia ti a pie"192".

1-Es decir, el hecho de haber sido Compañero del Profeta y, dice Bukhari, "Todo musulmán que se haya encontrado en compañía del Profeta o que lo haya visto tiene derecho al título de Compañero". Este privilegio está explicado en el siguiente hadith: "Los mejores de mi comunidad son los de mi generación, después los de la generación siguiente, y luego los de la generación siguiente". (Bukhari, Bab fada il achah an-nabi, 2).

2-Cada uno de los versículos siguientes contiene la palabra rijal, "hombres", que, en el Tacawwuf, designa a los hombres de realización espiritual.

3-El Corán, VII, 46. Se trata aquí de una condición post mortem. Mientras los comentaristas exotéricos interpretan este misterioso término de A'ral como la designación de un lugar intermedio entre el Paraíso y el Infierno, Qashani ve en él un "lugar" que domina al mismo tiempo el Paraíso y el Infierno y donde Se encuentran los rijal: "Los cognoscentes (al-'urala') que son las gentes de Allah Y Su élite". Estos "no entran" en el Paraíso porque están desprovistos de los vestidos de los atributos psíquicos" (ta'wilat al-qur'an, 1968, t. 1, pág. 4345). Esta interpretación parece adecuarse bien con la "alusión del shaykh Abu Muharnmad al-Baghi.

Abu Muhammad 'Abdallah al-Qattfan

Este hombre comprendía el Corán profundamente.

Era irreprochable Y decía la verdad sin temor. Incluso los soberanos no estaban a salvo de sus condenas severas, e imponía la verdad a todos, sin excepción. Le importaba poco exponerse al peligro de una ejecución al denunciar las malas acciones y los actos ilegales de los sultanes. Tuvo numerosos enfrentamientos con ellos, demasiado largos para mencionarlos aquí. Sólo hablaba citando el Corán y no leía otro libro. Una vez le oí decir en Córdoba: "Pobrecillos los autores de libros y de recopilaciones, su cuenta será mucho más larga (en el Día del Juicio)! ¿No les basta pues con lo que hay en el Libro de Alá y en los hadiths?".

Siempre tenía cuidado de sus compañeros aunque estuviera en apuros económicos y no pudiera reunir dos dirhams.

El Sultán decidió un día hacerle ejecutar. Los guardias se apoderaron de él y lo llevaron ante el visir. El shaykh le dijo: "¡Oh, opresor, Oh, enemigo de Alá!, ¡Oh, enemigo de tu propia alma! ¿De qué se me acusa?" El visir respondió: "Allah te ha puesto en mi poder y mañana ya no estarás vivo". Entonces le dijo el shaykh: "Tú no puedes adelantar un plazo fijado (ajal) ni rechazar lo que está determinado (maqdur). Todo eso no tendrá lugar y, por Allah, Soy yo el que asistiré a tus funerales!". El visir ordenó a sus guardias que arrojaran al shaykh a la celda para que se quedara en ella hasta que el Sultán decidiera su ejecución. Permaneció encerrado aquella noche; luego fue liberado. Dijo respecto a esto: "El creyente está siempre en prisión (en este mundo) y esta casa no es más que una de sus celdas".

Al día siguiente, el Sultán se enteró por el visir del comportamiento del shaykh así como de sus propósitos y ordenó que le hicieran comparecer ante él. Entonces vio a un hombre de aspecto despreciable, alguien de quien nadie se preocupa y a quien ninguna de las personas de este mundo desea el bien y todo porque dice la verdad y muestra a la gente sus faltas y su corrupción. Después de preguntarle su nombre y su origen, le preguntó si había conservado la creencia en la Unidad (tawhid). El shaykh le recitó entonces unos pasajes del Corán y le explicó su significado. El Sultán quedó tan impresionado que se abrió ante él y empezó a hablarle de los asuntos de su gobierno. Así que le preguntó lo que pensaba de su reino. Al oído, el shaykh estalló de risa. "¿Por qué te ríes?", preguntó el Sultán. "Tú llamas reino a esta locura en la que estás y te das el nombre de rey! Te pareces más bien a aquel de quien Allah dijo: "Había detrás de ellos un rey que se apoderaba de todos los barcos", dicho rey está ahora pagando y arde en el Infierno. En cuanto a ti, pues bien, tú no eres más que un hombre para quien se amasa un pan y al que se le dice: "Cómetelo". El shaykh se puso mordaz en su condena, dando rienda suelta a su ira contra todo lo que le causaba aversión y en presencia de los ministros y de los juristas. El Sultán permaneció silencioso, lleno de vergüenza. "He aquí un hombre, dijo finalmente, que habla con precisión. Oh, Abdallah, ocupa un sitio entre nosotros!". El shaykh respondió: "Nunca! Pues aquí hay bienes usurpados y el palacio en el que habitas ha sido adquirido con la mentira y, si no me hubierais obligado, jamás habría puesto los pies aquí. Que Allah me libre de tí y de tus semejantes!". El Sultán ordenó a continuación que le hicieran regalos y que le perdonaran. El shaykh rechazó los presentes,

aceptó el perdón y se marchó. El Sultán exigió entonces que los regalos fueran remitidos a su familia. Poco después, el visir murió; al-Qattan asistió a sus funerales diciendo: "Mi juramento se ha cumplido".

Con frecuencia levantaba la voz al ver a los notables del país y decía: "Ahí están los desviados que reparten la injusticia por la tierra. "La maldición de Allah, de los ángeles y de los hombres caiga sobre todos ellos! Serán malditos para siempre! Su castigo no les será aliviado y no tendrán ningún consuelo".

Visitaba a menudo a este hombre y me quería mucho. Una noche, le invité a venir a mi casa. Acababa de sentarse cuando entró mi padre; estaba al servicio del Sultán, pero el shaykh le saludó, pues era un hombre anciano. Después del salat, le traje comida y me senté a comer. Mi padre vino a reunirse con nosotros para beneficiarse de la barakah del shaykh. Este se volvió entonces y le dijo: "Oh, desdichado anciano, ¿No es hora de sentir vergüenza por Allah? ¿Hasta cuándo vas a frecuentar a esos opresores? Qué vergüenza! ¿Cómo puedes estar seguro de que la muerte no vendrá a sorprenderte en ese estado? (Me señaló con el dedo). En tu hijo hay una lección para tí, pues este es un joven hombre que, en la época en que los apetitos físicos son exigentes, ha dominado, sin embargo, sus pasiones, rechazado su demonio y se ha vuelto hacia Allah asociándose con Sus gentes, mientras que tú, anciano, haces el mal cuando te encuentras al borde de una fosa infernal". Ante estas palabras, mi padre lloró y reconoció sus faltas. Por lo que a mí me atañe, estaba estupefacto ante todo eso.

Habría que contar muchas cosas maravillosas todavía sobre este shaykh.

En Córdoba, se lo presenté a mi compañero 'Abdalláh Badr al-Habashi y le acompañamos hasta su casa. Un día le oí decir: "Todavía estoy estupefacto de ver desear a alguien un caballo, cuando no ha empezado a dar las gracias a Allah por su alimento y sus ropas". Nunca tuvo más que lo estrictamente necesario en materia de alimentos o vestidos. Era el azote de los tiranos y participaba en todas las expediciones en territorio cristiano, a pie y sin provisiones.

'Abdallah b. Ja'dfun al-Hinnawi b. Muharnmad b. Zakariyya

Murió en Fez en el 597/1201. Se lo había presentado a mi compañero 'Abdallah Badr al-Habasha. Este shaykh era uno de los cuatro awtad con los que Allah protege el mundo*. Le había pedido a Allah que quitara su buena reputación del corazón de todos. Así, cuando estaba ausente, no le echaban de menos y, cuando estaba presente, nadie pedía su opinión; cuando llegaba a un lugar, no le daban la bienvenida y en el momento de una conversación, no le dirigían la palabra y todo el mundo lo ignoraba.

Voy a relatar ahora las circunstancias de nuestro encuentro. Había llegado a Fez y recuerdo que la gente, que había oído hablar de mí, quería conocerme. Como yo no quería verlos, abandoné la casa en la que vivía y me fui a la mezquita. Al no encontrarme en la casa, se dirigieron a la mezquita. Les vi venir hacia mí y cuando me preguntaron dónde estaba, les respondí: "Buscad hasta que lo descubráis".

Mientras estaba sentado en aquel lugar, muy bien vestido, el shaykh apareció de repente ante mí. Nunca nos habíamos encontrado. Y me dijo: "Que la paz, la misericordia y la bendición de Allah sean contigo!", y yo le devolví el saludo. Entonces abrió un libro de al-Muhasiba, el Tratado sobre el Conocimiento, me leyó un pasaje y me pidió que lo comentara, cosa que hice. Por inspiración divina se me había ya informado sobre su identidad y su estado espiritual. Ya sabía que él era uno de los Awtad y que su hijo heredaría su maqam. Le dije quien era y cual era su hombre. Entonces él cerró el libro, se levantó y dijo: "Sé discreto, siento mucho afecto por ti y quisiera conocerte mejor. Tu aspiración es auténtica". Luego se marchó. Desde entonces sólo nos volvimos a encontrar cuando no había nadie presente.

Tenía un problema en la lengua y hablaba con mucha dificultad. Sin embargo, cuando leía el Corán su dicción era excelente.

Este hombre se esforzaba mucho en su trabajo espiritual. Se dedicaba a comerciar con henná. Tenía siempre los cabellos en desorden y polvorientos y sus ojos estaban pintados con kohFoo a fin de protegerse del polvo de la henná.

Cuando hablaba, con frecuencia lo tomaban por loco. Cuando se sentaba en una reunión, los demás solían marcharse y si se quedaban les molestaba su presencia. A él este estado de cosas parecía gustarle.

Estaba yo un día sentado cerca del minarete cuando Ibn Ja'dun vino a sentarse frente a mí tras saludarme. Abrió un libro de al-Muhasiba, El tratado sobre el conocimiento, me leyó un pasaje y me pidió que lo comentara, cosa que hice. Finalmente le dije: "Compañero, si no lo dejas, voy a revelar a la gente tu función, pues eres uno de los cuatro (awtád)".

Entonces me pidió que no descubriera su identidad y prometió hacer lo mismo conmigo.

**Esto se relaciona con la doctrina según la cual Allah (s.w.t) mantiene cada dominio cósmico mediante un ser cuya función es, habitualmente, de naturaleza totalmente espiritual. En cabeza de la jerarquía espiritual se encuentra el Polo (qutb), que tiene por debajo de él a los Pilares (awtad), a los Sustitutos (abdal) y a otros walis que le ayudan en su obra de protección. Abu Madyan fue unánimemente considerado como el Polo de su tiempo.*

Cf. E. Blochet, . Etudes sur l'ésoterisme musulman, obra totalmente dedicada a la jerarquía iniciática en el Islam, París: 1979. Sobre los signos distintivos del Polo, ver Michon, Le Soufi marocain... op. cit., pág. 265-9.

Abfû 'Abdallah Muhammad b. Ashraf ar-Rundi (202)

Era uno de los siete Abdal (203). Viviendo en las montañas y a lo largo de las costas, evitó los lugares habitados durante cerca de treinta años. Tenía una profunda intuición, lloraba y meditaba mucho y guardaba silencio perpetuo. Con frecuencia, absorbo en su meditación, trazaba líneas en el suelo con el dedo, luego levantaba la cabeza y respiraba profundamente haciendo un ruido sordo con su pecho. Su dominio estático (wajd) (204) era intenso y sus lágrimas abundantes.

Fui compañero suyo y lo visité cierto tiempo. Estaba contento con mis visitas y se alegraba al verme llegar.. Procedía de una familia rica y noble.

Un día salí de Sidonia y me dirigí hacia la costa con el fin de conocer a otros hermanos. Me había llevado conmigo a un muchachito que aspiraba a mi compañía. Por el camino, vi a dos hombres delante de nosotros. Uno de ellos, alto y con la piel oscura, era 'Abd as-Salân as-Sâ'ih, que viajaba siempre y nunca se quedaba en un lugar; el otro se llamaba Muharnmad b. al-Hajj, de los Banû Jawâd. Aunque estaban bastante lejos delante de mí y caminaban a buen paso, los alcancé y los adelanté, apresurando la marcha. Como era viernes, me detuve en la ciudad de Rota para esperar la hora del salat en común (205). Entré en la mezquita e hice dos rakatas206. Este lugar, visitado por los santos (ac-câlihûn) durante la noche, había sido el fortín de Hasan, hombre cuya barakah era célebre. Y en ese lugar se me ocurrió una cosa interesante.

No llevaba mucho tiempo cuando Abû 'Abdallah b. Ashraf llegó. Cuando entraba, los dos hombres a los que había adelantado por el camino le reconocieron y se levantaron para ir a saludarlo. Mientras tanto, yo estaba tumbado de costado y me golpeaba el pecho recitando estos versos:

*Risa de perlas
Cara de luna resplandeciente
El tiempo no puede cogerlo
Pero mi corazón (cadr) lo contiene
(207).*

El shaykh se acercó después hacia mí, me levantó y dijo: "¿Intentas disimular tu identidad?" A lo que yo contesté: "¿No haces tú lo mismo?" y era verdad.

El jefe del pueblo vino a invitarme a romper el ayuno en su casa y añadió que podía llevar a quien quisiera. Pero el shaykh me dijo: "No toques esa comida. Sigue mejor a los hermanos y, cuando ellos coman, tú vendrás a romper el ayuno conmigo". Y eso hice.

Me informó de muchas cosas y me prometió que lo volvería a encontrar en Sevilla. Después de haber estado con él durante tres días, le dejé. Anteriormente, me había predicho exactamente lo que me iba a ocurrir después de mi partida y todo sucedió como él había pronosticado.

Después de llegar a Sevilla, Allah me metió en la cabeza que fuera a visitar a ese shaykh para que una vez más me beneficiara de su compañía. Era martes y mi madre me había dado permiso para salir. A la mañana siguiente, oí que llamaban a la puerta; al abrir, vi a un hombre del desierto que me dijo: "¿Eres Muharnmad Ibn 'Arabi?". Le respondí que sí y añadió: "Mientras caminaba entre Marchena y Purchena, conocí a un hombre que me inspiró un temor reverencial (haybah). Con voz ronca me preguntó si iba a Sevilla. Como me dirigía allí, me dijo: 'Busca la casa de Muhammad Ibn 'Arabi; encuéntralo y dile que su compañero ar-Rundí le saluda. Dile también que contaba con venir a verle, pero que de pronto se le ocurrió la idea de viajar a Túnez. Que viaje en paz y, si Allah quiere, me encontrará en Sevilla cuando yo vaya"'.

Todo ocurrió como él había dicho, puesto que al día siguiente salí para Túnez para verle, así que estuve ausente durante algún tiempo. Uno o dos días después de mi regreso a Sevilla, lo encontré en casa de Abîl 'Abdallah al-Qasfîlî (208) y pasé la noche en su compañía.

Una de las cosas que le han dado la fama son sus prolongadas permanencias en una montaña cerca de Morón. Una noche, un hombre que se encontraba en los alrededores, vio erigirse una columna de luz tan deslumbrante que no podía mirarla fijamente. Cuando se acercó a ella, se dio cuenta de que se trataba de Abû 'Abdallâh que estaba haciendo el salat. El hombre se marchó a contarle a la gente lo que había visto.

Se ganaba la vida cogiendo manzanilla de la montaña para venderla después en el pueblo.

Le vi hacer cosas inauditas. Un día, le sorprendieron unos salteadores mientras estaba sentado cerca de una fuente y le amenazaron de muerte para que les diera su ropa. Ante estas palabras, lloró y respondió: 'Por Allah! No puedo permitirle el facilitaros vuestra desobediencia. Si queréis algo, cogedlo vosotros mismos!'. El ardor de la fe se apoderó de él y les lanzó su famosa mirada. Los salteadores huyeron inmediatamente.

Otro día, mientras paseábamos al borde del mar, me preguntó sobre este versículo: "No deseo de ellos ninguna subsistencia y no deseo que Me alimenten" (209). No respondí, luego le dejé. Cuatro años después, le volvía a encontrar y le dije que ya tenía la respuesta a su pregunta. "Dámela, me dijo, pues después de cuatro años ya va siendo hora". Entonces le di mi respuesta y me admiré de que se acordara del versículo.

Llevaba mucho tiempo deseando presentarle a mi compañero 'Abdallâh Badr al-Habashâ; así, cuando vinimos a Andalucía, nos detuvimos en Ronda. Mientras estuvimos allí, hubo un entierro al que asistimos y, durante el salat, vi que Ablû 'Abdallâh estaba delante de mí. Yo le mostré a mi compañero e hice las presentaciones, después regresamos al lugar en que yo vivía. Al-Habashi expresó el deseo de ver un ejemplo de su carisma. Cuando llegó la hora de la puesta de sol, hicimos el salat; luego, como el propietario de la casa tardaba en encender la lámpara, mi compañero pidió luz. Abû 'Abdallâh asintió; en ese momento cogió un puñado de hierba que encontró por la casa y, ante nuestros ojos, la tocó con su índice diciendo: "Aquí hay fuego!". La hierba se encendió inmediatamente y prendimos la lámpara. A veces cogía fuego de la estufa con su mano y, aunque el fuego se pegaba a él, no le causaba ni dolor ni quemaduras.

Era analfabeto. Una vez le pregunté sobre sus llantos y me respondió: "Había hecho el juramento de no invocar nunca a Allah contra nadie; sin embargo, un día lo hice con un hombre que me había irritado, y murió. Todavía hoy me estoy arrepintiendo".

Era que Allah esté satisfecho de él! una misericordia para el mundo. He aprendido muchas cosas de él, pero el tiempo apremia y debo detenerme aquí.

Ad-Durrat al-dkhirah (210)

*Nos estábamos preparando para hacer el salat fuera de Marchena, cuando surgió una diferencia respecto a la **qiblah** (211). Entonces indicó la dirección buena con su dedo diciendo: "Ahí está la Ka'bah!". Hicimos el salat y vi el Templo Sagrado con las personas que cumplían sus viajes rituales; en realidad, hasta percibí a un conocido entre los que estaban cerca de la Ka'bah. De esta forma, realizábamos el salat con toda certeza. Después del salat, la Ka'bah desapareció.*

Un día me hizo enrollar tres dirhams en una larga mata de pelo. Me lo guardé todo en el bolsillo porque debía viajar de noche. Al caminar por la ruta, oí a unos hombres. El lugar era peligroso. Al llegar a su altura, vi que uno de ellos sufría un violento dolor. Me suplicaron en nombre de Allah que empleara algún remedio para curarlo.

Recordé en ese momento que uno de nuestros shaykhs había afirmado que bastaría con aplicar un dirham auténtico sobre un dolor para que éste desapareciera inmediatamente. Así que tomé uno de los dirhams y les aconsejé a aquellos hombres que lo colocaran en el lugar del daño. Nada más hacerlo, el sufrimiento desapareció; el hombre se levantó y se marchó con sus compañeros.

Antes de irse, me pidieron que les dejara el dirham; yo acepté y reemprendí el camino. Cuando llegué a mi casa en Sevilla, recibí la visita de Muhammad al-Khayyar y de su hermano Ahmad, del que ya he hablado (212). Y me dijeron: "Vimos que habías regresado la noche anterior, pero no teníamos nada para ofrecerte como hospitalidad; así que danos los dos dirhams que quedan para que,compremos algo para comer esta noche"

NOTAS

202.- Cf., *Futûhat*, II, pág. 7;

203.- Cf., *supra*, n. 197. Remitirse a *La Parure des Abdâl de Ibn 'Arabi*, trad. M. Valsan, 1951 (aparecida en los E.T. en 1950).

204.- El *wajd*, traducido normalmente como "éxtasis", designa una noción bastante compleja de definir, mucho más todavía al ser inseparable de otras tres palabras: *tawajud*, *wijdân* y *wujûd*, derivadas todas de la raíz *wajada*, cuyo principal sentido es "hallar". El *tawâjud* es la "búsqueda del *wajd*", por ejemplo con motivo de una sesión de "audición espiritual" (*sama'*), que podrá facilitar la súbita obtención del *qajd* que es, según Ibn 'Arabi, "lo que encuentra (*cadafa/wajada*) el corazón en el momento de la visión, en el plano de los estados ocultos". (*Ictaliâhât*, s.v.). Las circunstancias y las modalidades de esta "influencia estática" pueden darle una apariencia de emotividad, pero, como subraya Hujîrî, esta marca afectiva no está realmente presente más que cuando el conocimiento o el dominio de sí son débiles. Esto puede ser también, a un nivel más elevado, la tristeza y el

desarraigo del que, como *Junayad*, avanza al encuentro ineludible de Otro distinto a sí mismo, pues. en el sentido fuerte del término, el *wajd* implica la pérdida de los atributos humanos (*kasf al-majhûb*). De este modo podemos decir que el *wajd* es al mismo tiempo un estado de extinción debido al choque del encuentro de estados bruscamente descubiertos, y la revelación súbita de una visión que provoca en el ser una desposesión de sí. Si el *wajd* se prolonga, de tal forma que se saboree su fruto, es el *wijdân*, luego, cuando la embriaguez y el estupor dejan su sitio a la sobriedad y a la estabilidad, el ser llega a la "realización" (*al-wujûd*), que es "la consumación de lo Verdadero en el dominio estático (*wijdân al-Haqq fi-l-wajd*)" (*Ictilâhât*, s.v., trad. M. Vâlsan en E.T., 1961, pág. 40, n. 17). El término *wujûd* tiene aquí evidentemente un sentido profundo que es preciso diferenciar del sentido general de "existencia", especialmente de existencia condicionada, como vemos en este verso de *Junayd*: "Mi realización (*wujûd*) es la ausencia de la existencia (*wujûd*) gracias a lo que se me presenta en la visión (*shuhûd*).

205.- Cf. *M.* 111.

206.- Esta visita a Rota tuvo lugar en el 590/1193, después de su regreso de África. En el camino, tuvo un encuentro con *al-Khadir*.

207.- Se refiere aquí al *hadith qudsi*: "Mi Cielo y Mi Tierra no pueden contenerme, pero el corazón de Mi siervo creyente Me contiene".

208.- Cf., *infra*, pág. 151.

209.- *El Corán*, LI, 57.

210.- *Esad Ef.* 1777, f. 95 b.

211.- *CF.*, *supra*, n. 5.

212.- Cf., *Supra*, pág.

Musâ Abu 'Imran as-Sadrani

Este shaykh procedía de Tlemcen y, aunque nadie lo supiera, pertenecía a los Abdâl e hizo muchas cosas sorprendentes.

Estas son las circunstancias de nuestro encuentro. Una tarde, en Sevilla, después de haber hecho en mi casa el salat del maghrib, tuve ganas de ver al shaykh Abu Madyan. En aquel entonces, él vivía en Bougie, a cuarenta y cinco días de viaje. Hice mi practica ritual y, cuando estaba en la salutación final (taslim), Abu 'Irrnân entró y me saludó. Me senté cerca de él y le pregunté: "¿De dónde vienes?". "De casa del shaykh Abu Madhay en Bougie", me respondió. "¿Y cuándo lo has encontrado?". "He hecho el salat del maghrib con él hace un instante. Cuando terminamos, se volvió hacia mí y me dijo: 'Muharnmad Ibn 'Arabî está pensando en tal y tal cosa. Sal ahora y dile de mi parte tal y tal cosa'". Abu 'Imrân mencionó el deseo que yo había tenido de encontrarme con Abu Madyan, luego me informó de que éste le había dicho: "Anúnciale que por lo que se refiere a nuestro encuentro en espíritu, naturalmente, se producirá. En cuanto a nuestro encuentro corporal en este mundo, Allah no lo permitirá. No obstante, que se tranquilice, pues nuestra cita será en casa de Allah, en la seguridad de Su Misericordia". También me informó de otros temas, luego se marchó a reunirse con Abu Madyan. Abu 'Imran había sido antes un hombre rico, pero renunció a su fortuna. Ochenta días después, Allah le puso entre los Abdâl. De esta forma recorrió el mundo yendo adonde quería (1).

Un día lo denunciaron al Sultán y éste ordenó que lo detuvieran. Así que fue encadenado y llevado cerca de Fez. Al llegar, lo llevaron a una casa y lo encerraron en una habitación con cerrojo. Un guardia vigilaba la puerta. A la mañana siguiente, al entrar en la habitación, vieron las cadenas en el suelo, pero no encontraron a nadie.

Se había dirigido a Fez y se había puesto a buscar la casa de Abu Madyan Shu'ayb. Llamó a su puerta. El propio shaykh le abrió y preguntó: "¿Quién eres?". Abu 'Imran respondió: "Soy Musa". Abu Madyan le dijo entonces: "Soy Shy'ayb. Entra y "no temas nada, estás liberado de las injusticias" (2).

Mi shaykh Abu Ya'qûb al-Kûmî me contó que Abu 'Imrân llegó un día a la montaña de Qâl que rodea la tierra y que hizo el salat de la mañana (ad-duhâ) al pie de esta y el salat de la tarde (al-'acr) en la cima (3). Cuando le preguntaron sobre la altura de la montaña, respondió: "Trescientos días de viaje". También informó que Allah había rodeado la montaña con una enorme serpiente cuya cabeza se juntaba con la cola. El que lo acompañaba dijo entonces: "Saluda a esa serpiente y ella te devolverá el saludo", El shaykh la saludó y la serpiente respondió: "Y que la paz sea contigo también (wa'alay-kum assalâm). ¿Cómo está el shaykh Abu Madyan?". Como Abu 'Imran se extrañaba de ver que la serpiente conocía a Abu Madyan, ésta añadió: "Eres tú el que me asombra! ¿Hay en toda la superficie de la tierra una criatura que ignore la condición de Abu Madyan? Todos nosotros le conocemos desde que Allah reveló y proclamó Su amor por él. Entre todas las cosas animadas o inanimadas, no hay ninguna que no le conozca ni le ame".

En cieno país, Abu 'Imran vio hormigas tan grandes como cabras; Eran criaturas sorprendentes! También conoció a una anciana del Khurasân que se mantenía sobre el mar con las olas rompiendo sobre sus piernas; ella glorificaba a Allah y proclamaba su Santidad. Habría muchas cosas asombrosas que decir al respecto. Que Allah tenga misericordia de él!

(1)-Como otros walis (íntimos de Allah), los Abdâl pueden recorrer grandes distancias en unos instantes, además tienen la facultad de disponer de siete cuerpos en lugares diferentes. En una época reciente, un qâdi de Túnez había hecho azotar y encarcelar a uno de los Abdâl que, como 'Abdallâh al-Qattan, se había hecho notar por sus críticas virulentas. Preso a continuación de un remordimiento mezclado con temor, el qâdi le soltó y le invitó a cenar a su casa. Queriendo mostrarle con quién tenía que vérselas, el hombre se presentó como convenía. Un momento después, llamaron a la puerta y una segunda persona, idéntica a la primera, entró en la habitación ante la estupefacción del qâdi quien tuvo aquella tarde siete invitados...

(2)-El Corán. XXVIII, 25. Abû Madyan, al recibir así a Musa (Abu 'Imran), hace alusión al pasaje coránico en el que un anciano desconocido, que vive en Madyan (v. 23), acoge con estas mismas palabras al profeta Mûsâ (Moisés) que huía de los egipcios. La razón de estas palabras se relaciona evidentemente con la alusión coránica, puesto que Abu Madyan estaba informado tanto de la identidad de su huésped como de su situación.

(3).-La montaña de Qafes una montaña cósmica circular y axial al mismo tiempo; de ello se informa cuando se dice que tiene forma de cúpula que corona y rodea la tierra. Tiene su equivalente en el monte Mero de la tradición hindú.

Abû Muhammad Makhlûf al-Qabâ 'ilî

Vivió en Córdoba, donde murió, también con el permiso del Enviado de Allâh ¡Que Allâh le conceda Su gracia y Su paz!. Un día fui a verlo con mi padre para que rogara por él. Nos mantuvo en su casa desde la mañana hasta el salat de la tarde y comimos allí.

Al entrar en ella, se sentía el poder de su presencia espiritual incluso antes de verlo. y cuando se le veía, era maravilloso mirarlo. Siempre estaba vestido con lana (cûf). Además de las otras recitaciones, recitaba mil veces al día el tasbîh, el takbîr, el tahnîd y el tahlîl.(1); siempre estaba invocando. Sus du'as (2) se extendían a todos los habitantes del cielo y de la tierra, hasta los peces del mar, y siempre estaba a punto de llorar.

Como quería hacer un pozo en su jardín, le trajeron un prisionero extranjero para que le ayudara en su tarea. Entonces dijo el shaykh: "Este hombre ha venido a servirnos, por lo tanto vamos a pedir a Allâh que entre en el Islam". Cuando llegó la noche, el shaykh se retiró con el fin de rogar por él. Al venir a trabajar al día siguiente, el hombre anunció que se había hecho musulmán. Cuando le preguntaron sobre ello, respondió: "He visto en sueños al Enviado de Allâh; me ha ordenado que crea en él y yo he creído en él. Entonces me dijo: 'Es gracias a la intercesión de Abu Muhammad Makhlûf por lo que te recibo en el Islam', o algo parecido".

Un día, abandoné al shaykh y regresé a casa; le había dejado en buena salud. Aquella misma noche soñé que estaba en pleno campo, y que bajaban nubes. De pronto, oí los relinchos de caballos y el roce de sus bridas; entonces vi, montados a caballo o a pie, a un gran número de personas que bajaban a la llanura y la ocupaban totalmente. Nunca había visto a hombres con caras tan bonitas, vestidos con ropas tan resplandecientes, ni caballos de tamaña excelencia. A continuación, observé a un hombre de gran talla, con el pelo blanco, con una gran barba y con la mano puesta en su mejilla. Le pregunté sobre la asamblea y me dijo: "Estos son todos los profetas, desde Adán hasta Muhammad. No hay ninguno que no haya bajado". Quise saber quién era él: "Soy Hûd, del pueblo de 'Ad (3)". A continuación le pregunté el motivo de su presencia y me contestó: "Hemos venido a visitar ('Awwâdân) a Abû Muhammad que está enfermo". Al despertarme, fui a interesarme por Abû Muhammad Makhlûf y me enteré de que se había puesto enfermo durante la noche. Todavía vivió algunos días y después murió. ¡Que Allâh tenga misericordia de él!.

(1).-Que consiste en decir Subhân Allâh ("Gloria a Allah"), Allâhu akbar ("Allâh es más grande"), Al-hamdu li-llâh ("Alabado sea Allâh") y Lâiâha illâ-llâh ("No hay ídolos sino Allâh"). Estas fórmulas son frecuentemente repetidas, no sólo por los sufíes, sino por todos los musulmanes, especialmente después de cada salat.

(2).-Du'a: Invocación... expresión de voluntad del musulmán ante Allâh

(3).-Cf.. El.Corán, surata Hûd (XI).

Câlih al-Kharrâz

Este hombre de Sevilla estaba entre las personas de celo, de esfuerzo y de escrúpulos (wara'), entregado a las obras de adoración que practicaba desde la edad de siete años, incluso antes tal vez. Siempre estaba absorto y nunca jugaba con los niños de su edad, ni les dirigía la palabra. Por escrúpulo, trabajaba como zapatero remendón para tener suficiente dinero para alimentarse Y cuidar de su madre. A pesar de su corta edad, había copiado toda la obra de Ibn 'Assâl. Vivía retirado y observaba largos períodos de silencio. Sus compañeros decían de él que no les hablaba más que cuando era indispensable.

Yo fui a verlo con frecuencia, pues sentíamos un gran afecto mutuo. Cuando había dicho algo, nunca volvía sobre ello, pues hablaba con una sinceridad perfecta(cidq). Nunca hacía nada para venir en ayuda de

aquellos que él conocía, por temor a que le veneraran. Generalmente sólo trabajaba para las personas de paso, forasteros en la ciudad, que no le conocían y que él no conocía.

Uno de nuestros compañeros le llevó un día un zapato que él mismo había estropeado voluntariamente para poder hablar con él. Le saludó y al-Kharrâz le devolvió el saludo. Cuando nuestro compañero le pidió

que le arreglara el zapato, el shaykh le dijo: "Me ocupo de este zapato por el que ya he sido pagado".

Durante esta conversación, yo me mantenía cerca de ellos, pero sin que al-Kharrâz pudiera verme. Nuestro compañero continuó: "Guárdalo en tu casa hasta que hayas terminado de arreglar éste". A lo que al-Kharrâz replicó: "Tal vez haya muerto antes ¿No crees que podrías llevar tu zapato a otro?". "Pero yo no deseo a otro que no seas tú para este trabajo". Al-Kharrâz replicó: "Ya has oído lo que he dicho", luego volvió a coger su libro y su dhikr. Nuestro compañero le advirtió de que iba a sentarse a esperar el final de su trabajo. "Haz lo que quieras, le dijo el .shaykh, pero todavía no sabes el precio que pido". "Dí el precio".

"Un octavo de dirham". "Te doy un cuarto". "No es el precio adecuado". "Es un obsequio por mi parte". "Siquieres ofrecer ese dinero para satisfacer a Allah, hay otros más necesitados que yo. Hoy ya he ganado suficiente".

Pero el otro no dejaba de molestar. Finalmente el shaykh le dijo: "Estoy cansado de escucharte y te estás riendo de mí. No haré este trabajo".

El hombre volvió hacia mí con el corazón roto. "Le has aburrido", dije. "Vuelve y pídele que te lo arregle para que Allah le recompense y no le ofrezcas dinero". Hizo lo que le había aconsejado. Al-Kharrâz le miró un momento y dijo: "Alguien, te ha enviado". Luego se volvió y me vio. Entonces dijo: "Déjame tu zapato y márchate. Vuelve después del salat de la tarde y, si todavía estoy vivo, te lo devolveré. Si he muerto, verás que te lo he dejado en casa de un vecino".

Se volvió hacia mí y me hizo señas para que me acercara. "¿Es la forma de actuar de los compañeros? ¿imponen a sus hermanos lo que les es desagradable? No vuelvas a hacer una cosa semejante. Si Allah no hubiera puesto en mi corazón la amistad hacia ti, ni siquiera te habría mirado. Así que mantén mi anonimato".

Nunca he encontrado a nadie como él, ¡que Allah esté satisfecho con él!. A continuación, se retiró a lugares desérticos, buscando la soledad y el aislamiento.

Abû al-'Abbas Ahmad b. Hammân*

Era de Sevilla. Allah le inspiró para que dirigiera bien su alma, y se dedicó a las obras de adoración incluso antes de haber alcanzado la pubertad. Era muy fervoroso y lloraba por su alma como una madre que ha perdido a su hijo único. Su padre se había opuesto a que entrara en el Camino y, cuando la situación empeoró, me confesó:

"Oh, hermano, las cosas se vuelven muy duras para mí, mi padre me ha echado diciéndome que cuide de mí mismo. Así que vaya dirigirme a la frontera para combatir allí a los enemigos hasta mi muerte". Así fue como se encaminó hacia Juremenha (en Portugal) y allí está todavía. Poco después de su marcha volvió a Sevilla para arreglar sus asuntos, pero marchó de inmediato para unirse al ejército en la frontera. Solía ir a casa de Abu 'Abdallâh al-Khayyât de quien ya he hablado.

*Llamado también ash-Shaqqâq.

Abû Ahmad as-Salawî

Vino a unirse con nosotros a Sevilla en la época en que yo estaba bajo la dirección espiritual de nuestro shaykh Abû Ya'qûb al-Kûrnî. Este Abû Ahmad, que tenía estados espirituales (ahwâl) de una gran fuerza, pasó dieciocho años en compañía de Abû Madyan. Era un hombre de esfuerzo y de piedad, que lloraba mucho.

Estuve en su compañía durante un mes en la mezquita de Ibn Jarrâd. Una noche, me levanté para hacer el salat. Hice mi ablución y subí al tejado de la mezquita. Allí estaba, tendido cerca del tragaluz y durmiendo. De él salían rayos de luz que se dirigían hacia el cielo. Me quedé mirándole un momento, sin saber si la luz venía del cielo hacia él o salía de él y ascendía hasta el cielo. No me movía, maravillado por su estado. Después se despertó, hizo su ablución y se puso a hacer el salat.

Cuando lloraba, yo recogía las lágrimas que caían al suelo y me frotaba la cara con ellas, pues me daba cuenta de que olían muy bien a almizcle. Cuando las personas notaban en mí ese olor, me preguntaban dónde había comprado un almizcle de tal calidad.

Abû Ishâq Ibrâhîm b. Ahmad b. Tarîf al-'Abbâsî

Este hombre, procedente de Egipto, era el shaykh de Abû 'Abdallâh al-Qurashî, ¡que Allah esté satisfecho con ellos!. Tenía un carácter muy bueno y era dulce en sus relaciones con el prójimo. Sólo decía la verdad y no tenía nada censurable a los ojos de Allah. Era persona de celo y de esfuerzo y le hubiera gustado retirarse del mundo, pero estaba obligado a renunciar a ello debido a su trabajo, que era vender cerámica. Se entregaba enormemente a las obras de piedad; ávido de conocimientos, volvió a copiar numerosas obras dedicadas al Camino.

He aquí las circunstancias de su muerte. Fue abordado en la calle por un hombre que le dijo: "Acaba de pasar Fulano". Se trataba de un hombre de la tierra a quien Allah había afligido con una enfermedad de garganta que nosotros llamamos nagh'naghah (bocio). El shaykh no lo conocía muy bien, pero como su interlocutor insistía, le dijo: "¿Quieres decir el hombre del bocio?". El otro respondió que era él precisamente. El shaykh contaba que en aquel preciso momento, Allah (al-Haqq) le había llamado interiormente y le había dicho: "Oh, Ibrâhîm, ¿No conoces a 'nuestros siervos más que por sus aflicciones? ¿no tiene ese hombre un nombre? Te haremos morir del mismo mal". A la mañana siguiente, la enfermedad se había apoderado de su garganta y murió poco tiempo después.

Su hijo Muharnmad me refirió este relato cuando estábamos en La Meca. Añadió que su padre también había dicho: "En veinte años no había cometido una falta semejante".

Le había visitado dos veces y tenía mucho afecto por mí. La primera vez me lo encontré en Ceuta con mi compañero al-Habashî, y otra vez en su ciudad natal. Que Allah esté satisfecho con él!

Abû Muharnmad 'Abdallâh b. Ibrahim al-Mâlaqi(1)

Se le conocía con el nombre de al-Qalafat ("el Calafatero de barcos"). Fue compañero de Abû Rabî' al-Kaffî Y amigo de Ibrâhîm b. Tarîl. Seguía la senda de la futuwwah (2) y daba claras muestras de ello. Siempre se le veía preocuparse por los problemas de los demás, nunca por sí mismo. Se dirigía a casa de los gobernadores o de los jueces para los asuntos de los demás y su casa siempre estaba abierta a los pobres. Observaba escrupulosamente las prescripciones legales y las reglas de la conveniencia espiritual (ash-sharf'ah wa-l-âdlib). Mientras que Ibrahim b. Tarif era severo por naturaleza, Abû Muharnmad era muy abierto (lit. "tenía el pecho dilatado")(3). Me encontré con este shaykh en numerosas ocasiones y apreciaba mucho mi compañía.

Un día, mientras este shaykh estaba en Ceuta con Ibn Tarîf, el Sultán Abû al-Alî (4) nos envió dos cargas de provisiones. Yo no estaba allí en aquel momento, pero los hermanos que habían venido a verme comieron de ellas, en tanto que mis compañeros no las tocaron. La segunda tarde, el Sultán envió la misma cantidad de comida y yo ni la acepté ni la rechacé. Cuando se enteraron de que el Sultán había renovado sus dones, los hermanos volvieron a nuestra casa. En cuanto a mí, hice el salat de la noche (al-'ishâ'). Uno de los visitantes, que fingía ser un shaykh, me dijo: "No se hace el salat cuando la comida está servida(5)". No respondí, lo cual le encolerizó. Entonces le dije: "Yo no he aceptado esa comida y no creo que se pueda comer pues, en mi opinión, es ilícita(6). Y no os he ofrecido porque deseo para vos lo mismo que deseo para mí". Después de haberle explicado mis razones, le dije: "Esta comida está a vuestra disposición. El que la considere lícita que coma, el que no, que la deje".

A continuación regresé a la casa en que habitaba, llevándome a mis discípulos. A la mañana siguiente, este hombre se dirigió a casa del visir y le informó que, en mi opinión, sus bienes eran ilícitos, y otras cosas del mismo tipo. El visir se encolerizó y dijo: "Por Allah En realidad es su propio jefe el que ha recibido el envío de la comida", Se hizo una acusación, apoyada por el visir, y el asunto fue llevado ante el Sultán, que era un hombre inteligente. El dijo: "Nuestra intención era hacer el bien al enviar esa comida, pero este hombre conoce mejor su propia condición. Así que no le haremos ningún mal". Y rechazó la queja.

Nuestro compañero al-Qalafât oyó hablar del asunto y vino a verme. Temía por todos nosotros, pues conocía el incidente y las críticas que yo había hecho. Entonces me dijo: "Tu comportamiento ha sido justo por lo que a tí respecta, pero es probable que nos perjudique, pues esas personas no van a tolerar una cosa así. Por eso se dice: "Decae el que no tiene tirano que le ayude y se extravía el que no tiene sabio que le guíe". Cuando ví que tornaba en consideración (lit. "que la compasión se apoderaba de él por") el derecho (haqq) de aquellos hombres y que, por la fuerza de las cosas, daba preferencia a las ventajas mundanas, le dije: "Desdichado sea el siervo de Allah que se apoya en los enemigos de Allah Que Allah deje de cuidar del mundo si éste no se preocupa más de Su derecho y es el derecho de Allah el que predomina en él (haqqu-llàh ahaqqu)". Hice un gesto para despedirle y me levanté. El se marchó.

Poco después, me encontré con Ibn Tarîf; estaba informado del asunto y me dijo: "Diplomacia ante todo". Respondí: "Mientras se mantenga lo esencial, no hay mal en ello". Y se quedó en silencio. Qué Allah esté satisfecho con él!

NOTAS

(1)- Cf., FutûMt, I, pág. 577.

(2)- Para el sufí, la futuwwah, o "caballerosidad", consiste en tener un espíritu caballeresco, en hacer pasar a los demás antes que a uno mismo, lo cual implica renuncia y una gran solicitud. Fuera del sufismo, el término se aplica a las cualidades de hospitalidad, de dignidad y de valor inculcadas por cierto número de cuerpos de oficios y de organizaciones de comercio semejantes a los primeros gremios. Los miembros de estos gremios, o guildos, se llamaban fityân . Cf., Futûhât, I, pág. 241; II, pág. 231 Y 505.

(3)- Esta diferencia de "carácter espiritual" corresponde a la distinción entre estados de qabd y de bast ; cf., n. 104.

(4)- Debe tratarse de Abû Ya'qûb, el Almohade.

(5)- El hombre anticipa aquí una recomendación conocida, que Ibn 'Arabî también enuncia en su Kitâb al-wacâyâ (Futûhât, cap. 560): "Cuando la comida está servida y llega el momento del salat, empieza por la comida y luego haz el salat". (Consejos 51 y 52). Ahora bien, la observación de este personaje inoportuno induce a error, puesto que Ibn 'Arabî había decidido no tocar la comida ofrecida por el Sultán.

(6)- Ibn 'Arabî consideraba indigna esta comida porque procedía de el soberano, por lo que su obtención puede ser fácilmente reprochable a los ojos de un hombre de escrúpulos (wara'). También se hace alusión a este incidente en los Futûhât, IV, pág. 540.

Ad-Durrat al-Fâjkhirah

Procedía de Tarifa. Una vez me contó que había ido a La Meca y que había conocido a un extranjero (que no era árabe) cerca de la Ka'bah. Aquel hombre le cogió de la mano Y le preguntó que de dónde venía. El shaykh-le respondió que era originario de una península del océano Atlántico. Luego le preguntó si sabía lo que les había llevado a aquel lugar y el hombre respondió: "La despreocupación, hermano", Y lloró.

Cuando fui a visitarle, atravesé el mar de noche, desde Qacr Macmûdah en dirección a Tarifa. Por la mañana, llegamos a as-Safilah (as-Sanîhah). A continuación bordeamos la costa hasta nuestro destino. Allí encontramos a este shaykh con sus discípulos en la orilla. Se informó de quién venía a verlo. Le respondieron que estaba en el barco. Una vez desembarcado, fuí a saludarle. Me llevó a su casa y me ofreció para comer el plato que había ansiado cuando estaba en el barco. Cuando le pregunté por qué había preparado aquel plato y no otro, me contestó que había sido informado interiormente de mi

llegada en barco y de mi clara preferencia por ese plato. Por eso lo había hecho preparar. Hay muchas cosas que podría relatar sobre este shaykh.

'Abdallâh b. Takhmist

Si no deseara ser conciso, recordaría a muchos otros shaykhs, pero este resumen bastará, tanto más cuanto que he hablado de ellos en mi libro titulado Ad-Durrat al-Fâkhirah. Citaré entre otros a 'Abdallâh b. Takhmist, a quien la gente de Sevilla consideraba uno de los Abdâl.

As-Sakhkhâm

Era de los Abdâl, pero cayó en desgracia, de forma que siempre se encontraba en un estado de profunda aflicción y no hablaba con nadie. Yo era compasivo cuando me lo encontraba, pues veía en él una terrible angustia.

Abû Yahyâ b. Abûn Bakr ac-Cinhâji (1)

El Maestro, el Cognoscente, el errante, el renunciante, el desapegado, el sincero, el virtuoso ac-Cinhâji era de las gentes del Conocimiento, de la alusión espiritual y de las gentes del Conocimiento, de la alusión espiritual y de la consolidación en la realización (at-tamkôn). Es raro encontrar a un hombre como él. Hubo entre nosotros tantos intercambios respecto a las verdades esenciales que sería demasiado largo hablar de ello. Por él conocimiento del Sello de los awliyâ y del Sol de Occidente (2).

(1)- Ibn 'Arabi menciona a este shaykh de forma marginal.

(2)- Es en esta obra donde trata la cuestión del sello de los awliyâ' (Khatm al-awliyâ')

Abu al-'Abbâs b. Tâjah

Este hombre del esfuerzo espiritual (ijtihad) siempre tuvo el Corán entre sus manos hasta su muerte.

No podía contener sus lágrimas cuando oía recitar el Corán. Cada vez que nos reuníamos me pedía que le recitara. Los rigores de la ascesis habían debilitado y alterado su cuerpo y sus ojos estaban irritados por las lágrimas. Ni una sola vez faltó al salat en común de los viernes.

El tiempo que me concedía para sentarme con él en la mezquita de al-Hamral se situaba entre el mediodía y el final de la sobremesa. Le recitaba el Corán, pues su vista se había vuelto demasiado débil para que él mismo pudiera leer. Allah le hizo expresar muchas veces mis propios pensamientos por su boca.

Cuando le llamaban por su nombre, no movía la cabeza ni prestaba la menor atención a la persona hasta que hubiera saludado adecuadamente y expresado su intención de hablar. Cuando daba un consejo, empleaba las mismas palabras del Corán. Siempre invitaba a la meditación del Libro y decía que de él debía sacarse toda la ciencia: "El conocimiento es una luz que no se puede obtener más que de esa luz por excelencia que es el Corán.

De igual forma que una lámpara se enciende con otra, así se obtiene el conocimiento del Corán, una luz a partir "de una luz sobre luz". Hijo mío, Allah nos ha enseñado que El es la Luz de los cielos y de la tierra, para que podamos sacar de El nuestras luces; por ello, debemos buscar la luz en su fuente verdadera".

30- Äbû `Abdalâh b. Bisstâm al-Bâghî

Este hombre de Priego era de los que se consagran al Corán y a las obras de noche (min ahl al-qur'ân wa-l-layl).

31- Ysuf b. Ta'izza

Este hombre de Carmona estaba tan absorto en la lectura del Corán que no hablaba con nadie. Ayunaba mucho

32- Abû al-Hasan al-Qânûnî

Era de Ronda y seguía la senda de la futuwah. Estaba ducho en las siete ciencias.*

**- Estas siete ciencias deben corresponder a las siete ramas del conocimiento enumeradas por Ibn Ârabî en las Futuhât (II, pág. 393-422); 1- los Nombres de Allah; 2- La Teofanías; 3-La Revelación; 4- La perfección y la imperfección de la existencia; 5- El Hombre esencial; 6- La imaginación (khayâl); 7- La curación espiritual.*

33- ¡Oh, Allah, ruega por Muhammad al-Haddad!(1)

Este hombre de Sevilla era célebre por su incesante du'a sobre el Profeta (2)

1- El du'a del Profeta es lo que se comenta como apodo del shaykh Allâhumma calli `alâ Muhammad al-Haddâd.

2-La innovación de gracia (calâh) y de paz (salâm) divinas sobre el Profeta forma parte integrante del culto musulmán. En el sufismo es aún más importante, puesto que el Profeta es el prototipo del hombre espiritual y el receptáculo del Verbo divino. Ver la bellísima Prtere sur le Prophete de Ibn 'Arabi traducida por M. Vâlsan en los E.T. 1974, pag. 242-51.

34- Abû Ishâq al-Qurtubî

Este compañero de Abû Madyan, oriundo de Córdoba, era uno de los "Creyentes"

35- Abû `Abdalâh al-Mahdawî

Vivió en Fez durante sesenta y cuatro años. Estaba muy ocupado en la salvación de su alma y me ha contado que a menudo sentía por ello una gran angustia.

Un día que estábamos realizando el salat juntos en la mezquita, yo me encontraba a su lado, en la misma fila; él no me conocía. Entonces me apoyé contra él mientras realizaba el salat, de tal forma que estaba casi sentado sobre él, y me comporté todo lo mal que se puede en un lugar semejante. Entonces me miró y me dijo: "¡Ponte bien! Tienes sitio suficiente, no te apoyes sobre mí. No quisiera pelearme con alguien como tú". A raíz de eso se volvió más cordial. Me convertí en su compañero y provecho de su bendición()*

**- Cf. Futûhât, II pag. 15. No confundirse con Muhammad Âbd al-Azî al-Mahdawî, a quien está dedicado el Rûh al-quds.*

Ali b. Mûsâ b. an-Naqarât(1)

En Fez, era ignorado por esa tarîqâh y para sus miembros parecía insignificante. Su conocimiento era perfecto y comprendía la intuición (al-firâsah) (2). Mantuvo muy pocas relaciones con los demás hasta su muerte. Era conocido por su conocimiento de las "lecturas coránicas" (quirâ'ât)(3) y de las tradiciones proféticas (riwâyât). ¡Qué Allah tenga misericordia del él!

(1).- Cf. Ibn Abbâ, Takmilah, 1877. Nació en el 515/1121 y murió en el 593/1197.

(2).- Por "intuición" hemos de entender aquí, según los términos de un hadith, el hecho de "mirar por la Luz de Allah".

(3).- Las qirâ'ât son las siete lecturas autorizadas del Corán; cf. Bukhârî, k. al-Tawhîd, b. 53.

Abû al-Husayn Yahyâ b. aç-çâ`igh

Este hombre de Ceuta era un tradicionalista(1) y un Sufí. ¡Ser las dos cosas a la vez es una de las cosas más sorprendentes! Había alcanzado el grado del Azufre Rojo (kibrît ahmar)(2) y tenía una gran barakah. Yo lo visitaba mucho y transmitía los hadiths que había estudiado con él(3). Era un asceta que había renunciado a los bienes de este mundo (zâhid mutajarrid).

(1).- Cf., supra, n. 113.

(2)- El "Azufre rojo" representa un grado iniciático muy elevado, que el propio Ibn 'Arabî había alcanzado, ya que a veces le llaman kibrît al- ahmar.

(3).- Cf., Futûhât, IV, pág. 489.

Ibn al-'Ac Abû 'Abdallâh al-Bâjî

Vivía en Sevilla. Era jurista y asceta. Lo cual también es sorprendente. Nunca se encuentra uno a un jurista asceta (faqâh zâhid)(1).

(1).- El término zâhid, traducido aquí y más arriba como "asceta" (ver n. 113) implica sobre todo una indiferencia frente a los bienes de este mundo, lo cual obviamente .se relaciona bastante mal con los apetitos mundanos de muchos juristas, igual que la espiritualidad con el espíritu de "pleitos" (cf. n. 113).

Abû 'Abdallâh b. Zayn al-Yâbarî

Este shaykh de Sevilla, que vivió en la miseria, tenía un gran mérito. Era un hombre de celo y de esfuerzo. Enseñaba el Corán y la gramática en la mezquita de 'Udays, en Sevilla. Era prácticamente desconocido y poco señalado.

Se aplicaba al estudio de las obras de Ghazzâlî (1). Una noche, mientras leía el libro que Abû al-Qâsim b. Hamdîn(2) redactó contra Ghazzâlî, de pronto fue atacado por la ceguera. Abatido por esta prueba, se arrodilló ante Allah implorando Su perdón y juró que nunca más leería aquel libro y que se separaría de él. Entonces Allah le devolvió la vista.

Era un hombre excelente. También conocí a su hermano, que era como él. Cuando murió, se oyó una voz que decía: "Dos plazas dobles en el Paraíso para los hijos de Azyn!". Era oriundo de Evora, ciudad que se encuentra hoy en manos de los francos.

El propio Ibn Hamdîn, que era juez en Córdoba, había hecho quemar los libros de Ghazzâlî y había pronunciado anatemas contra él. Algún tiempo después, Ibn Hamdîn vio a Ghazzâlî en sueños, con una cadena en la mano con la que tiraba de un cerdo. Ibn Hamdîn relata que saludó a Ghazzâlî y que le preguntó sobre el cerdo. Ghazzâlî respondió que el cerdo era Ibn Hamdîn, y que permanecería en su poder hasta que no le demostrara en qué había merecido su maldición(3).

(1).- Ghazzâlî, que fue el sabio musulmán más insigne, se dedicó a hacer resaltar la convergencia entre el Islam exotérico y el Sufismo. Su obra más importante es Ihyâ' ûlûm ad-dîn. Murió en 1111.

(2).- Ibn Hamdîn era un juez de Córdoba. Murió en 1127.

(3).- La ceguera temporal del shaykh al-Yâbarî y, aquí, el castigo de Ibn Hamdîn inflingido por el propio Ghazzâlî, se explican con mayor facilidad al saber que Ghazzâlî, apodado Hujjat al-Islâm, "La Prueba del Islam", se convirtió en el Polo de su tiempo al final de su vida.

Abu Zakariyya Yahya b. Hasan al-Hasani

Este shaykh de Bougie estaba entre los sabios que ponen en marcha la autoridad. Era un hombre de ascesis, de escrúpulos y de buen consejo. Un día hice con él recogimiento (khalwah), con su permiso (idhn), y mantuvimos conversaciones sobre cuestiones espirituales. Estaba dominado por el taqua a Allah y se cuentan de él cosas asombrosas sobre sus condiciones miserables de vida y sobre su frugalidad. Me lo encontraba con mucha frecuencia y estudiaba a su lado algunas de sus obras.

Abd as-Salam al-Aswad

Llevaba una vida errante. Nunca entraba en un pueblo sin que me dijera: "El que no se sienta nunca acaba de pasar por aquí". Cuando le pregunté por su ausencia de domicilio, me contestó: "He encontrado favorable en el desplazamiento".

Ab Abdallâh al-Qasfîlî

Este hombre vivía en Sevilla. Era de las personas de celo, de esfuerzo y de ardor en el Din de Allah. Cada vez que iba a visitarlo, le veía hacer el salat con ardor.

Abû al-'Abbâs Ahmad b. Mundhir

Este hombre de Sevilla había estudiado el Corán, la lengua árabe y jurisprudencia. Era único en su género en la escuela jurídica del imâm Malik. Entre los prodigios que se le atribuyen se encuentra el hecho de que, cuando se encontraba enfrentado a un problema jurídico difícil, se dejaba en manos del imâm Malik para resolverlo.

Tanto las entidades espirituales (ar-rûhâniyyûn) como los hombres se presentaban en su casa para saludarle.

Aunque su situación era muy comprometida, no podía decidirse a aceptar el dinero que le hacían llegar y lo devolvía. Estaba dominado por los escripulos. Era un hombre santo y bendito.

Mûsâ Abû 'Abdallâh

Fue profesor en Fez. Procedía de la ciudadela de los Banu Sa'id y formaba parte de los notables de Granada. Su hijo 'Abdallâh creció en la virtud y desconocía la desobediencia; este joven inclinado hacia Allah nunca cometió infantilismos. Se había aprendido el Corán de memoria

Abû al-'abbâs al-Kharrâz

Le conocí en Meca. Había sido compañero de 'Adallâh al-Mughâwirî (1) y transmitía sus enseñanzas. Yo me beneficié de sus oraciones y fui testigo de sus bendiciones. ¡Que Allah tenga misericordia de él!

(1)- Al-Mughâwirî fue un ilustre sufi de Niebla, cerca de Sevilla

AI-Hâjj Abû Muhammad 'Abdallâh al-Burjânî

Era un compañero y un amigo ¡Que Allah esté satisfecho de él!. Amaba la Sunna del Profeta y a las gentes de la Sunna. Era un santo varón de gran valor y de una profunda serenidad.

Un día me preguntó sobre este versículo: "Aquéllos a quienes Nosotros hemos dado el Libro lo recitan como conviene recitarlo"(1); "¿Por qué lo recitan como conviene?". "Oh, Abû Muhammad", le dije, "es tu pregunta, tú debes responderla". El sonrió y dijo: "Porque El se lo ha dado a ellos; la Providencia (al-'inâyah) ha precedido al envío para ellos; aunque cuando recibieron el Libro, ya estaban socorridos". Bajo esta alusión (ishâlah) original hay océanos de conocimiento para el que reflexiona y medita. El Profeta ha dicho respecto al mandato (al- imarah): "Si te lo dan, recibirás la ayuda (para llevarla a cabo); pero si lo buscas, no serás ayudado"(2).

(1).- El Corán. n. 121.

(2).- Ver Bukhârî. k. al-Ahkâm. b. 5 Y Muslim, k. al-Imârah, b.3.

Abû Mubammad Abdallâb b. Kbamîs al- Kinâni (1)

Era cirujano en Túnez. Para ir a verlo, hice el viaje descalzo, a pesar del intenso calor, imitando el ejemplo de mis dos shaykhs Abû Ya' qûb y Abû Muhammad al-Mwrûrî(2), quienes me informaron que se habían dirigido a su casa de esta forma. Tenía una gran barakah, pero tú le conoces muy bien también y no tengo nada que añadir.

Ad-Durrat al-fâhirah(3)

Era de Marsâ 'Idûn, en las afueras de Túnez. Este hombre eminente fue uno de los shaykhs de 'Abd al-'Azîz al-Mahdâwî (4) quien, sin embargo, no le conoció en toda su realidad, pues el shaykh no se abrió totalmente a él.

Entró en el Camino asistiendo a las sesiones de Abû Madyan. Su realización espiritual era tan alta que Abû Madyan dijo un día, cuando estaba en Pechina: "Si tuviera alas (janâh), volaría hacia al-Jarrâh".

(Aquí se sitúa un relato más detallado de la visita que le hizo descalzo)... Cuando habíamos recorrido la mitad del camino, nos cruzamos con un hombre que nos dijo: "En Nombre de Allah, el shaykh me ha pedido que salga a vuestro encuentro y que os diga que os calcéis vuestras sandalias, pues conoce vuestra intención y os ha preparado de comer". Cuando llegué, salió a recibirme a cierta distancia de su casa, apoyándose en un bastón debido a su avanzada edad. Mostró un gran placer al verme. Me quedé con él muchos días y tocamos numerosos temas de conocimiento. Durante mi permanencia, vi a un hombre caminar sobre el mar sin mojarse los pies y eso gracias a la barakah del shaykh. Estuve en su compañía algo menos de un año. Antes de mi marcha, insistió en que callara su verdadero estado a 'Abd al-' Azîz al-Mahdawî o a cualquier otro. También me pidió que no pensara en ello.

(1).- Cf., *Futûhât*, I, pág. 186.

(2).- Cf., *supra*, pág. 22 y 79.

(3).- *Esad Ef. 1777*, f. 102 b., donde se le llama *Abû Muhammad Jarrâh al- Murâbit*.

(4).- Cf., *supra*, pág. 13.

ABU 'ABDALLAH EL ALMORAVIDE

Es un hombre entregado al Corán y a las obras nocturnas (min ahl al-qur`ân), en quien las luces de su gracia son claras. Es de una inteligencia superior y tiene el espíritu muy vivo.

ABU WAKIL MAYMUN B. AT-TUNISI

Tenía costumbre de recoger bellotas para ganarse la vida. Cuando estaba en nuestra casa en Fez, cayó enfermo. Una piadosa mujer, Zaynab, esposa de ibn 'Atâ' Allah, lo acogió en su casa para cuidarlo, pero murió la noche siguiente. Estaba entre los Hombres de Allâh (rijâl Allâh)

SHAMS URNMAL-FUQARÂ (1)

Ella vivía en la Marchena de los Olivares, donde yo iba con frecuencia a visitarla. Entre los hombres espirituales, nunca he conocido a nadie que tuviera semejante dominio de su alma. Sus prácticas y sus revelaciones eran realmente notables. Tenía un corazón fuerte y puro, una energía espiritual noble y una gran discriminación. Ocultaba su estado espiritual, pero sucedió que me confió en secreto un aspecto, pues a veces tenía revelaciones respecto a mí y sentí mucha alegría. Tenía una barakah inmensa y manifiesta. Una vez tuve una revelación (kashf) que me demostró que ella tenía un dominio incuestionable en este campo. Estaba bajo el dominio del temor (khawf) y de la alegría (fidâ); la obtención simultánea de estas dos estaciones espirituales es para nosotros algo sorprendente, casi imposible de imaginar(2).

(1).- Su nombre era *Yasmînah*. Cf., *supra*, pág. 19 y *Futûhât II*, pág. 35.

(2).- En "*La pregunta planteada por Ibn Sawdakîn*", *Ibn 'Arabi explica un caso análogo respecto a la reunión de dos estados contrarios (como qabd y hast)*; cf. *E.T.*, 1952, pág. 184-5 Y n. 2

AD-DURRAT AL-FÂKHIRAH (3)

La conocí cuando tenía ochenta años. Un día que al-Mawrûrî(4) y yo estábamos con ella, de repente, volvió la cabeza y gritó lo más fuerte que pudo:

"Alî !Vuelve y coge el pañuelo!". Cuando le preguntamos a quién se dirigía, nos explicó que Alî venía a visitarla y que se había detenido para comer al borde del río. Cuando se había levantado para reemprender el camino, se había olvidado el pañuelo. Por eso le había llamado; él volvió sobre sus pasos y lo recogió. Una hora después se presentó y le preguntamos por lo que le había ocurrido. Nos contó que se había detenido al borde del agua para comer y después que se había marchado olvidando el pañuelo. Continuó su relato diciendo que había oído a Sahms llamarlo para ponerle al corriente. También tenía el poder de expresar los pensamientos de los demás. Sus revelaciones eran ciertas y yo vi realizar muchas maravillas.

(3).- Esad Ef. 1777,f. 98 b.

(4).- Cf., supra, pág. 94.

LAS SIETE PERSONAS (1)

Me encontré con ellos en La Meca. Que por ellos conceda a Allah beneficios a todos los Musulmanes! Me senté a su lado entre el muro de los Hanbalites y el banco de Zernzem(2). Era la verdadera élite de Allah. Estaban tan absortos por la Sakînah(3) y por el temor reverencial (haybah) que ni siquiera pestañeaban. En el momento de este encuentro, no mantuvimos ninguna conversación sobre el conocimiento, pero vi en ellos una serenidad casi inimaginable.

(1).- Se trata de los siete Abdâl; cf. FutûhaI, cap. 73.

(2).- Detrás del muro que rodea la Ka'bah.

(3).- La paz de la Presencia divina.

Abu 'Abdallah Muhammad b. al-Mujahid (1)

Hombre versado en las ciencias tradicionales y jurista malekita, enseñó en la mezquita de al-Muqaybirat. Vivió de acuerdo con este hadith del Profeta: "Pedíos cuentas antes de que os las pidan (2)". También anotaba sus pensamientos, sus actos, sus palabras, lo que había oído y todas las cosas de este tipo. Después del salat del maghrib, se retiraba a una habitación, examinaba los actos del día que requerían arrepentimiento y se arrepentía. Hacía lo mismo con lo que llamaba su gratitud. Comparaba sus acciones con lo que requería la Ley revelada. Luego dormía un poco, a continuación se despertaba para decir sus letanías (awrad) y para realizar las ibadas según la Sunna del Profeta. De esta manera, alternaba el sueño y el salat durante toda la noche (3).

Hacía un círculo de libros a su alrededor, de forma que, cuando había acabado un acto de adoración, cogía un volumen y lo leía. Un día recibió la visita del califa Abu Ya'qub (4). En el transcurso de la conversación, el Califa le dijo: "Oh, 'Abdallah, ¿No sientes soledad al vivir solo?". Y él respondió: "La intimidad con Allah abole toda soledad. ¿Cómo podría estar solo cuando El está siempre conmigo? Cuando voy a conversar con mi Señor, abro el Corán. Si deseo entretenerme con el Enviado de Allah, cojo un volumen de los hadiths y si quiero unirme a los Compañeros o a los Sigüientes (5), leo una obra que trate de su vida. De esta forma, puedo dirigirme a cada hijo de vecino. ¿Cómo puedes hablar entonces de soledad, oh, Abu Ya'qub?" "Y recitó versos haciendo alusión a esta práctica.

En el omento de despedirse, Abfu Ya'qub ordenó al guardián de palacio, Abu al-'Ala' al-Jami, que le diera al shaykh algo para mejorar su situación. El don consistía en una bolsa que contenía mil dinares de oro. Como el shaykh manifestó que no tenía ninguna necesidad de dinero, el Califa respondió que sólo Allah no necesitaba nada. "Es muy cierto, le dijo' Abdallah, ¿Pero por qué no devolvérselo a su propietario que lo necesita más que yo?", haciéndole ver de este modo que aquel dinero había sido conseguido injustamente. Ante estas palabras el Califa enrojeció de vergüenza y dejó el dinero en mitad de la estancia. La bolsa se quedó allí donde el Califa la había dejado y el shaykh no la abrió ni la tocó durante doce años, hasta su muerte. Cuando el sultán Abu Ishaq b. Yusuf (6) oyó esta historia, asistió en persona a los funerales. Entonces ocurrió una cosa bastante extraña: se dio la orden de distribuir el dinero entre los necesitados de la familia del shaykh según su condición y no según las reglas normales de la herencia (7).

Un día que el shaykh necesitaba dinero, sólo encontró para vender un viejo abrigo remendado cuyo valor era medio dirham; no obstante se lo confió a un agente. Cuando éste le dijo a la gente que el abrigo pertenecía a Ibn al-Mujahid, uno de los mercaderes ofreció setenta dinares de oro. El agente volvió entonces a casa del shaykh con el comprador, el dinero y el abrigo. Cuando el shaykh preguntó de donde salía todo aquel dinero, el agente explicó que era el precio pagado por el abrigo. Ante estas palabras, el shaykh bajó la cabeza y repitió varias veces: "Así que la religión de Ibn al-Mujahid vale setenta dinares!". Entonces le dijo al mercader, volviendo a coger su abrigo: "Eso no es lo que vale mi abrigo, amigo mío. Ya no lo vendo, puedes recoger tu dinero". Obedeciendo al shaykh, el comerciante recogió su dinero y se marchó llorando. Dicen que repartió el dinero en limosnas. Después de aquello, Allah satisfizo las necesidades del shaykh de una manera inesperada (8).

Un día, cuando volvía a la mezquita, observó que una persona desconocida le seguía. Al llegar a la puerta de su casa, se volvió y le dijo al hombre: "Tú, el de ahí! Si necesitas algo, habla y dime qué es". El otro le contestó que no necesitaba nada. El shaykh entró en su casa y cerro la puerta, dejando fuera al hombre. No había llegado al vestíbulo de la entrada cuando vio al hombre a su lado. "¿Cómo estás aquí, le dijo, si la puerta está cerrada y no has pedido permiso para entrar?". "Oh, shaykh", respondió el desconocido, "no soy un hombre, sino un ángel enviado por el Señor para estar a tu lado y protegerte de todo mal". Al oír aquello, el shaykh se puso a llorar. El ángel permaneció con él hasta el día de su muerte.

Hemos hablado de sus estados espirituales en la *Durrah al-fákhirah* y esto no es más que un resumen (9). Muchos entraron gracias a él en el Camino, entre otros Ibn Qassun (10), Abu 'Imran al-Martuli (11), ash-Shantarini y al-Acbahí, igual que otros walis (íntimos de Allah) de Sevilla de los que saqué gran provecho.

- (1).- Todos los textos que siguen están traducidos de la *Durrah*. Esad Ef. 1777, f. 76 a.
- (2).- Tirmidhi, *Sunan*, k. al-Qiyimah, b. 25. Este hadith se refiere a la vez a la muhasabah (cf. supra, n. 86) y a la Rendición de cuentas (al-hisab) en el Día del Juicio.
- (3).- Esto constituye la práctica de los ahl al-layl. Cf. pág. 126 Y 134.
- (4).- Califa almohade que reinó de 1163 a 1184.
- (5).- Los "Sigüientes" (at-tabi'un) son la segunda generación de musulmanes; cf. supra, n. 186.
- (6).- Hijo del califa Abu Yaqub.
- (7).- Para respetar al mismo tiempo la actitud del shaykh y las disposiciones legales, no se podía dejar ese dinero en herencia; por ello fue distribuido como limosna para la familia, según las necesidades de cada uno.
- (8).- Cf. El Corán, LXV, 2-3.
- (9).- Ver la Introducción.
- (10).- Cf., supra, pág. 47.
- (11).- Cf., supra, pág. 54.

Abu al-Hasan al-Munhanali*

Observaba escrupulosamente la reglas de la salat, no hablaba con nadie, estaba constantemente ocupado en la salvación de su alma. Este hombre de un espíritu elevado suspiraba mucho y tenía siempre una actitud afligida. Una vez, ayunó día y noche durante veinticinco días. Estaba lleno de atenciones hacia su madre.

Fui compañero suyo durante cerca de diez años.

Nunca me preguntaba de dónde venía o adónde iba. Un día de julio, sentado en la Gran Mezquita, sonreía a pesar del calor tórrido. Cuando le pregunté qué era lo que le hacía sonreír, me respondió: "En realidad, el calor es tórrido, pero Allah es bueno con sus siervos". Al final de la tarde, empezó a llorar y, en el momento de la salat, los cielos se abrieron y llovió tan abundantemente que el agua corría torrencialmente por las calles.

*-Esad Ef. 1777, f. 86 a. La lectura de este nombre, al-Munhanali, es una conjetura, pues el manuscrito es casi ilegible.

Ahmad ash-Sharishi (1)

Era uno de los que se habían dedicado a la adoración de Allah desde su infancia y fue educado por el shaykh Abu Ahmad b. Saydabun(2).

Cuando no tenía más que diez años, o menos, fue embargado por un estado espiritual (hál) y cayó al fuego, pero no se quemó en absoluto(3). Vimos reproducirse este tipo de cosas en él muchas veces. Le preguntamos si era consciente de lo que le sucedía en aquellos momentos, pero respondió que no. Murió entre nosotros en Shu'b 'Ali', en 608, y lo enterramos en aquel lugar.

Un día le preguntó a su padre si le dejaba salir en peregrinación. Su padre respondió: "Hijo mío, soy tu padre y quisiera tenerte junto a mí y tú ahora quieres dejarme y marcharte". Ahmad le dijo: "Oh, Padre

mío, responde con sinceridad a mi pregunta, me atenderé a lo que digas. Cuando conociste carnalmente a mi madre, ¿tenías la intención de darme la vida?". El padre respondió:

"No, hijo mío, solamente quería satisfacer mi deseo".

Entonces dijo el hijo: "Allah es más grande, pues El me creó y El me llama a su Templo Sagrado. Así pues, como estoy en condiciones de ir, no tengo ninguna excusa para retrasar mi viaje, ya que mi existencia no es un don tuyo, sino de Aquel que me ha creado para servirle". Ante estas palabras, el padre, que era un hombre piadoso, lloró y bendijo la decisión de su hijo.

Antes de salir para Oriente, vino a pedirme mi opinión sobre su marcha en peregrinación. Le dí mi bendición. Dos años después, me lo encontré en Damasco, donde permaneció conmigo hasta que partió hacia la Misericordia de Allah.

(1).- Esad Ef. 1777, f. 86 a.

(2).- Cf., supra, Introducción.

(3).- Se trata de un prodigio del tipo ibrahimi. Sabemos que el hecho de no quemarse con el fuego es un "milagro" que se relaciona directamente con el caso de Abraham; cf. El Corán, XXXVII, 97 Y XXI, 68-9.

Abu Ishaq Ibraaham al-Hinnawi (1)

Vivía en Ronda y fue uno de los más eminentes contemporáneos de Ibrahim b. Tarif(2). Miembro importante de la futuwah, fue designado muaqddam.

Un día, cuando me despedía tras haberle visitado, salió conmigo para desearme buen viaje y me pidió que transmitiera sus saludos al shaykh Abfī 'Abdallah al-Qastili(3), añadiendo: "Le dirás que tengo muchas ganas de volver a verle". Cuando estaba ya en camino, oí tras de mí una voz que me gritaba para que me detuviera. Al dar media vuelta vi al shaykh, pero cuando quise volver sobre mis pasos, me dijo que me quedara donde estaba. Cuando llegué cerca de mí, vi que estaba llorando. Le pregunté el motivo y me respondió: "Soy un mentiroso y te he pedido que mientas por mí". "¿Qué quieres decir". "Si realmente tuviera ganas de volver a ver a al-Qasúll, podría hacerla fácilmente, pues soy perfectamente capaz de montar a caballo o de ir andando a verle. Ya ves lo que ocurre cuando tengo la pereza de vigilar mi alma". Lloró de nuevo hasta que le perdoné y reemprendí la marcha.

(1).- EsadEf. 1777,f. 102 a.

(2).- Cf., supra, pág. 124.

(3).- Cf., supra, pág. 153.

Al-Ashall al-Qaba'ili (1)

Era uno de los más avanzados en la entrega al Corán y fue el Polo de su tiempo. Nos visitaba con bastante frecuencia, pero sólo hablaba del Libro. En aquel entonces, yo no sabía nada de su función.

Una noche fui informado en un sueño de que aquel hombre era el Polo del tiempo, el Socorro (al-gahwth) (2), el Iman...(3).Al despertar, as-Sammad me pidió, de parte de Ibn Hayyun, que fuera a su jardín con un grupo de personas, entre las que se encontraba Ibn Ashall.

Al llegar al jardín, iniciamos una conversación. De pronto recordé mi visión y les dije: "Esta noche he visto una cosa sorprendente". Al-Ashall me interrumpió: "Si quieres hablar de tu visión, no divulgues el nombre de la persona".

Acepté y, en el momento de separarnos, el shaykh me dijo: "No es conveniente que me quede en esta ciudad, pues tú sabes ya quién soy". Después se despidió y se marchó. No le he vuelto a ver (4).

(1).- Esad Ef. 1777, f. 102 a.

(2).- Si el término de "polo"(qutb) "sirve para designar a las que han realizado una estación (maqan)" de una forma especialmente eminente, de manera que "se encuentren en una misma época múltiples polos", el término ghawth, "socorro", es la apelación específica del Polo de la tradición islámica, el Polo del tiempo. El Socorro, dice también Ibn 'Arabi, "es el que dispensa la ayuda a las jerarquías de los walis (...). El posee la imamat, la herencia (del profeta), la sucesión esotérica. Es el espíritu del universo (ruh al-kawn), alrededor del cual describe éste sus revoluciones (...). Se le denomina "el Socorro" porque ejerce una acción de socorro frente a los mundos gracias a su actitud generosa y a su rango

excepcionafl. (Mi'raj, op, cit. pág. 265); cf. supra, pág. 1096, n. 197. De esta forma es como 'Abd al-Qadir al-Jilani (1077-1166) fue llamado Ghawth al-a'zham, "el mayor Socorro", y no sin razón, porque afirmó que socorrería a todos los que imploraran su ayuda, como testimonian un gran número de milagros que se refieren a este tema.

(3).- Las palabras que siguen son ilegibles en el manuscrito.

(4).- Cf. Futuhat, IV, pág. 76. Era originario de Bougie. Ibn 'Arabi le conoció con motivo de su estancia en Fez en el 593/1196.

Ebn Ja'far (1)

Le conocí en África, donde me recibió como a un hermano. Sus plegarias (du'a) siempre eran aceptadas y estaba muy avanzado en el Camino. Una vez, como había sucumbido a cierta impureza, Allah le castigó al momento introduciendo su cabeza en el suelo, con los pies al aire y su cuerpo sobresaliendo del suelo un codo. Aunque pedía ayuda, nadie podía sacarlo de allí. Cuando se informó del asunto a su shaykh, fue al lugar y le ordenó que se arrepintiera de su falta, cosa que hizo. Su cuerpo se soltó inmediatamente y sus miembros fueron liberados (2).

Un día estaba con el Príncipe de los Creyentes Yahya b. Ishaq (3); era en la época en que el país ensordecía bajo el estrépito de los ejércitos, de los tambores y de los cuernos. El sonreía y, cuando el Príncipe le preguntó en qué pensaba, el shaykh respondió: "En ese asunto monstruoso en el que estás implicado. No te proporcionará ningún honor, sino que va a ayudar a tu derrota". Ante estas palabras, el Príncipe lloró y dijo: "Ciertamente, pues eso que ves son los árabes de África".

(1) Esad Ef. 1777, f. 105 b.

(2) El castigo inmediato es, en cierto sentido, un acto de misericordia divina, puesto que nos pone en guardia en lo relativo a nuestro estado real y porque libra de un castigo futuro, mucho más severo si se reincide en la falta o se agrava.

(3) Yahya b. Ishaq era el príncipe almorávide que continuó resistiendo ante los almohades mucho tiempo después de su conquista del Maghreb y del Sur de la Península Ibérica. Conservó territorios en la región de Túnez durante algunos años. Murió en 1237.

'Umar al-Qarqari (1)

Era un hombre de Allah que se dedicaba a la disciplina del alma; prefería vivir retirado y no se sentaba con nadie.

Se ganaba la vida con sus propias manos y sólo cogía de su sueldo lo que necesitaba para comer, dejando lo demás a los que le empleaban, sin guardar nada para el día siguiente.

Cuando vino a este país, oyó hablar de nosotros y vino a vernos. Después de llegar residió entre nosotros con una actitud que no nos parecía normal. Corno algunos se habían percatado de ello, le dije durante la sesión: "Oh, 'Umar, si quieres marcharte puedes hacerlo". Entonces se puso a llorar y me dijo: "Hermano, una reunión sobre Allah es una cosa de la que se debe sacar el máximo provecho; así que déjame de lado, pues la sesión será inútil para mí si sólo soy consciente de mí mismo".

Le había oído decir: "En este mundo, el hombre debe adorar a Allah en el retiro y no salir de él más que para ir al otro mundo". Me pidió que le diera un vestido que me perteneciera, y le ofrecí un trozo de tela a rayas. Después me enteré de que fue enterrado con aquella tela.

(1)- Esad Ef. 1777, f. 105 b.

Una esclava de Qasim al-Dawlah (1)

Pertenecía a nuestro maestro el Príncipe de los Creyentes. Vivía en los alrededores de La Meca, donde murió. Fue única en su tiempo y había obtenido la facultad de recorrer rápidamente grandes distancias (2). Cuando realizaba esas caminatas, se ponía de acuerdo con las montañas, las rocas y los árboles, diciéndoles: "Bienvenidos! Bienvenidos!". Su estado espiritual era poderoso y servía a los Iniciados y

seguía el Camino con una sinceridad inflexible. Tenía las virtudes de la futuwah y practicaba el combate espiritual más intenso, ayunando con frecuencia día y noche; a pesar de ello, tenía mucha fuerza y sus esfuerzos parecían irle muy bien. Nunca vi en nuestra época a nadie tan educado. Estaba entregada a la exaltación de la Majestad divina y no se concedía ningún valor a sí misma.

(1).- Esad Ef. 1777, f. 104 a.

(2).- Cf., supra, n. 50.

Zaynab al-Qal'iyah (1)

Procedía de la fortaleza de los Banu Jamad, pertenecía a las gentes del Corán y era la asceta más adelantada de su tiempo. Aunque tenía al mismo tiempo una gran belleza y una riqueza considerable, abandonó el mundo material y se marchó a vivir a la región de La Meca, como mujer ennoblecida por Allah. Me la encontré en Sevilla y en La Meca. Fue discípula de numerosos saykhs eminentes, como Ibn Qassum (2), ash-Shubarbuli(3), Maymun al- Qirmizi, Abu al-Husayn b. Acca'igh (4), el tradicionista y asceta y Abu ac-cabr Ayyub al-Aqhri.

Cuando se sentaba para practicar la invocación, se elevaba a quince metros del suelo; luego bajaba cuando había terminado su dhikr. La acompañé una vez para ir de La Meca a Jerusalén y nunca conocí a nadie más estricto que ella en el cumplimiento de los horarios de los salats. Fue una de las personas más inteligentes de su tiempo.

(1).- Esaf Ef. 1777, f. 104 b.

(2).- Cf, supra, pág. 47.

(3).- Cf, supra, pág. 41.

(4).- Cf., supra, pág.144.